

JOSE MARIA MILLARES SALL

EN LAS MANOS DEL AIRE
(VEGUETA Y OTROS SUEÑOS)

REAL SOCIEDAD ECONOMICA DE AMIGOS DEL PAIS
DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

1989

ALBERTO
MANRIQUE

Dedico este libro a mis hijos, Susana, Germán, Alejandro, José María, Sandra, Natalia, y a Sonia, en el recuerdo. A mis nietos y a Pino, mi compañera de toda una vida, con amor.

JOSE MARIA MILLARES SALL

EN LAS MANOS DEL AIRE
(VEGUETA Y OTROS SUEÑOS)



REAL SOCIEDAD ECONOMICA DE AMIGOS DEL PAIS
DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
1989

© REAL SOCIEDAD ECONOMICA DE AMIGOS DEL PAIS
DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

© José María Millares Sall

Ilustraciones de Alberto Manrique de Lara y Díaz

Depósito legal: M. 9275-1989

I. S. B. N.: 8440441444

Artes Gráfica Clavileño, S. A. - Pantoja, 20 - Telef. 415 25 46 - 28002 Madrid

INTRODUCCION

COHERENCIA Y DIVERSIDAD EN LA POESIA DE JOSE MARIA MILLARES SALL

El devenir de José María Millares Sall se vislumbra azotado por dos mitos que orientan nuestra visión crítica de su obra: el proceso continuo de búsqueda y un inconformismo revolucionario contra cuanto de áulico y convencional trata de moldear y restringir la libertad de la creación poética.

Esta rebeldía, en cualquier caso positiva, podría interpretarse como símbolo de dos características contrapuestas: una, la indefinición de un estilo, y otra, la concreción del mismo en cada uno de los libros que ha publicado. Ya hoy, en su perspectiva distante, observamos los esfuerzos, tal vez intuitivos, por no crear escuela, un modo de sorprenderse y sorprendernos: sus libros constituyen un atormentado cúmulo de eslabones dispersos que, aunque lo intenten —aun incluso en su etapa de poeta social—, no consiguen configurarse en cadena. Ello podría llevarnos a la falsa impresión de que su obra es todavía la de un escritor novel buscando su voz, que, por otro lado, la encuentra en la unidad de cada una de sus entregas; pues José María Millares Sall no es un escritor de poemas: cuando eclosiona, lo hace desde la clara perspectiva de que un auténtico libro será su resultado último; es decir, su concepción del mundo poético es afín al que un novelista pudiera plantearse: la coherencia en cada obra y la diversidad en su conjunto.

No es, pues, la poesía de José María Millares Sall la de un escritor desorientado. Y ello es así por varios motivos, uno, se nos antoja, clarificador y metafórico, sería pedirle al universo esa armonía que no acabamos a distinguir a simple vista, pero intuida, y a la que sólo una perspectiva mucho más cercana nos permitiría contemplar sus eslabones dispersos y encendidos como una vía láctea: así nos adueñaríamos de su cohesión cadente, descubriendo el equilibrio como consecuencia de las fuerzas de sus elementos individuales.

Así también la obra de José María Millares, que tampoco muestra su continuidad en la fusión de sus publicaciones, sino en la fuerza de cada una de ellas, actuando sobre las demás y dándole ese equilibrio maduro y cognoscible. Que el propio interesado se haya dado cuenta de ello o este fenómeno sea fruto de una subconsciente causalidad, es algo que no altera la visión de su ensordecedor universo poético. Tampoco se escucha el clamor de los astros, pero en la continua combustión de su materia el silencio es sólo una utopía distante, pese al eclipse de nuestros sentidos.

Precisamente por todo lo expuesto, hemos evitado cualquier intento de erudición en este prólogo. Incluso al detenernos en el análisis de los libros publicados por José María Millares Sall, así como tampoco de los dos últimos en prensa: «Los aromas del humo» y el presente, de cuya gestación hemos sido cercanos testigos durante los dos últimos meses: un libro «diferente», de recuerdos y vivencias del pasado, a menudo esperpénticos, donde la técnica del verso existe, si bien rota a propósito; poesía con anhelo de prosa, de relato, e, incluso, de dibujo en sus caricaturas atormentadas y críticas, crueles y nostálgicas, entre las que el amor y el más puro lirismo nos sorprenden en su contraste de esperanza y ternura surgiendo de las tinieblas de un mundo arisco y despiadado.

Tampoco hemos pretendido analizar el punto histórico en que arranca su voz. Pero apuntaremos que fue coincidente con la confusión, no sólo insular, sino hispana y europea; sucedió al modernismo y a las vanguardias más complejas, los ismos de los ismos. Mientras tanto se había interrumpido en 1936 el desarrollo cultural de las islas. A nivel nacional, esta confusión se arrastraba por los andenes que desde el 98 propiciaban el descarrilamiento poético que hizo derivar, tras la pérdida hegemónica, hacia los regionalismos, y que hoy, tras un largo paréntesis, toman carta importante de naturaleza en nuestra sociedad democrática.

Pese a ello, algunos precedentes positivos: la generación del 27 y a nivel insular la magnífica irrupción del grupo «Gaceta de Arte», que tanto trató de aproximarnos al entorno europeo. Mas sin esperanza, el reloj poético del tiempo —guerra civil, guerra europea— seguiría funcionando a trompicones. Y así, hasta la época de «Mensaje», 1945, un largo paréntesis aglutinando las dos tendencias que configuraban ya la poesía nacional: la evasión garcilacista —y religiosa, también— y la social, que tomó el relevo de los poetas de la resistencia y desde la que arranca y crece la voz de José María Millares.

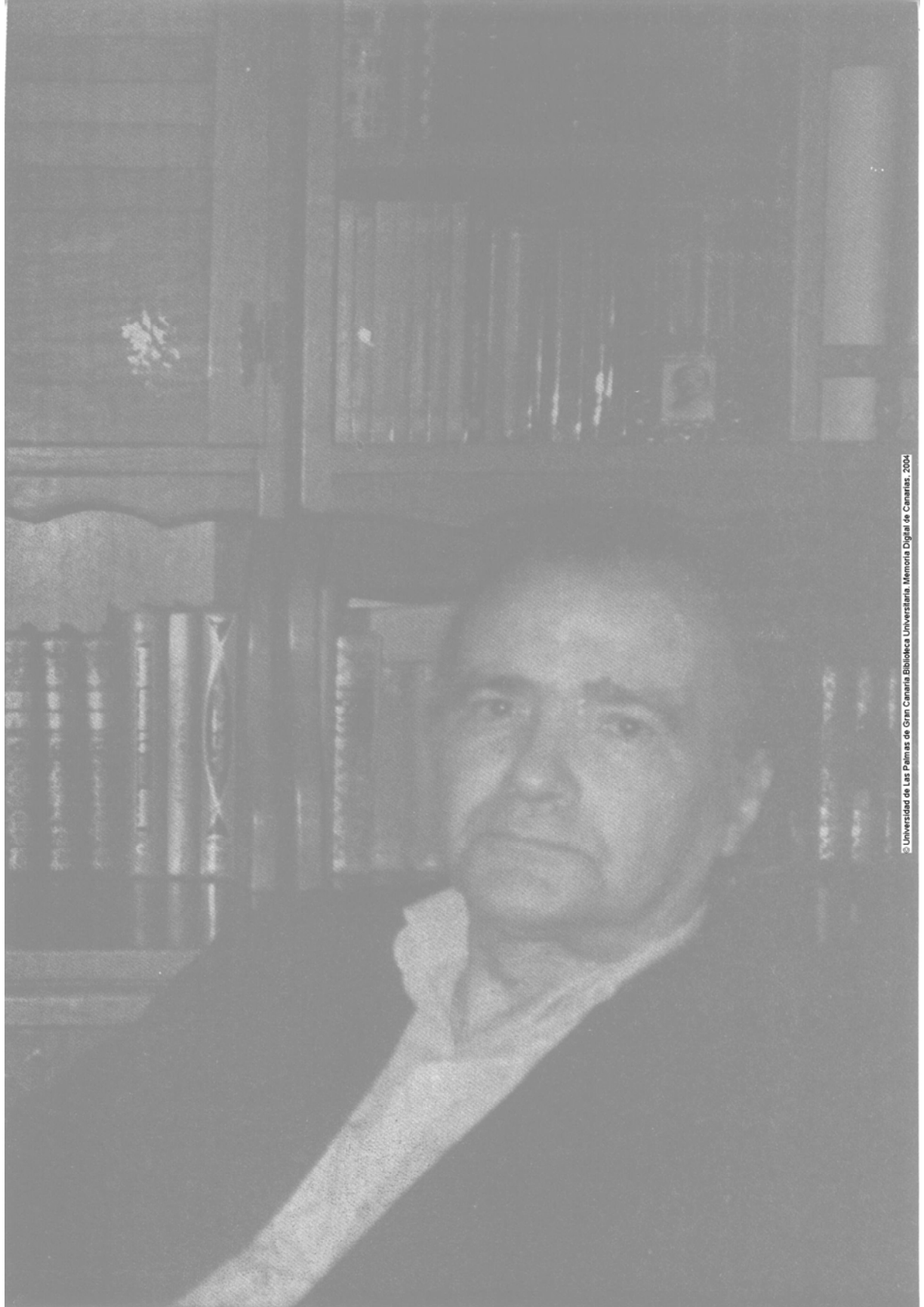
Y es entonces, a mediados de los años 40, cuando aquel joven escritor inicia su andadura poética desde la confusión hacia su luz. De por medio, otras experiencias que prefiere olvidar: cárcel, aislamiento...; *mas sigue* adelante como heredero de una estirpe que parece no tener fin, en la soledad compartida con su compañera Pino Betancor y sus hijos y nietos.

Y aquí su biografía: «A los cuatro vientos», 1946, y «Canto a la tierra», 1946 —Cuadernos de Poesía y Crítica—; «Liverpool», 1949; «Ronda de luces», 1950, y «Manifestación de la Paz», 1951 —Planas de Poesía—; «Aire y Humo», 1966 —Revista Millares—; «Ritmos alucinantes», 1973 —Planas de Poesía—; «Hago mía la luz», 1977 —Taller Ediciones JB—, y en imprenta ahora «Los aromas del humo» y el presente libro. Y como complemento, sus obras en colaboración: «Antología Cercada», 1947; «Antología en bloque», 1950; «Homenaje a Federico Chopin», 1950, y «Crucifixión», 1951.

Omitimos la bibliografía, por lo interminable, pese a su importancia —Diccionarios, Historia, Antologías de Literatura: Revista de Occidente, Aguilar, Sainz de Robles, Max Aub, Leopoldo de Luis, Valbuena Prats, Sebastián de la Nuez, etc.

Así pues, habrá que agradecer por doble motivo a los miembros de la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Las Palmas, y a su Director, D. Diego Cambreleng Mesa, el que unánimemente decidieran editar este libro. Sociedad biseular y ahora doblemente benemérita, pues difunde de esta forma el nombre y la obra de un gran poeta y, además, la de un poeta injustamente marginado.

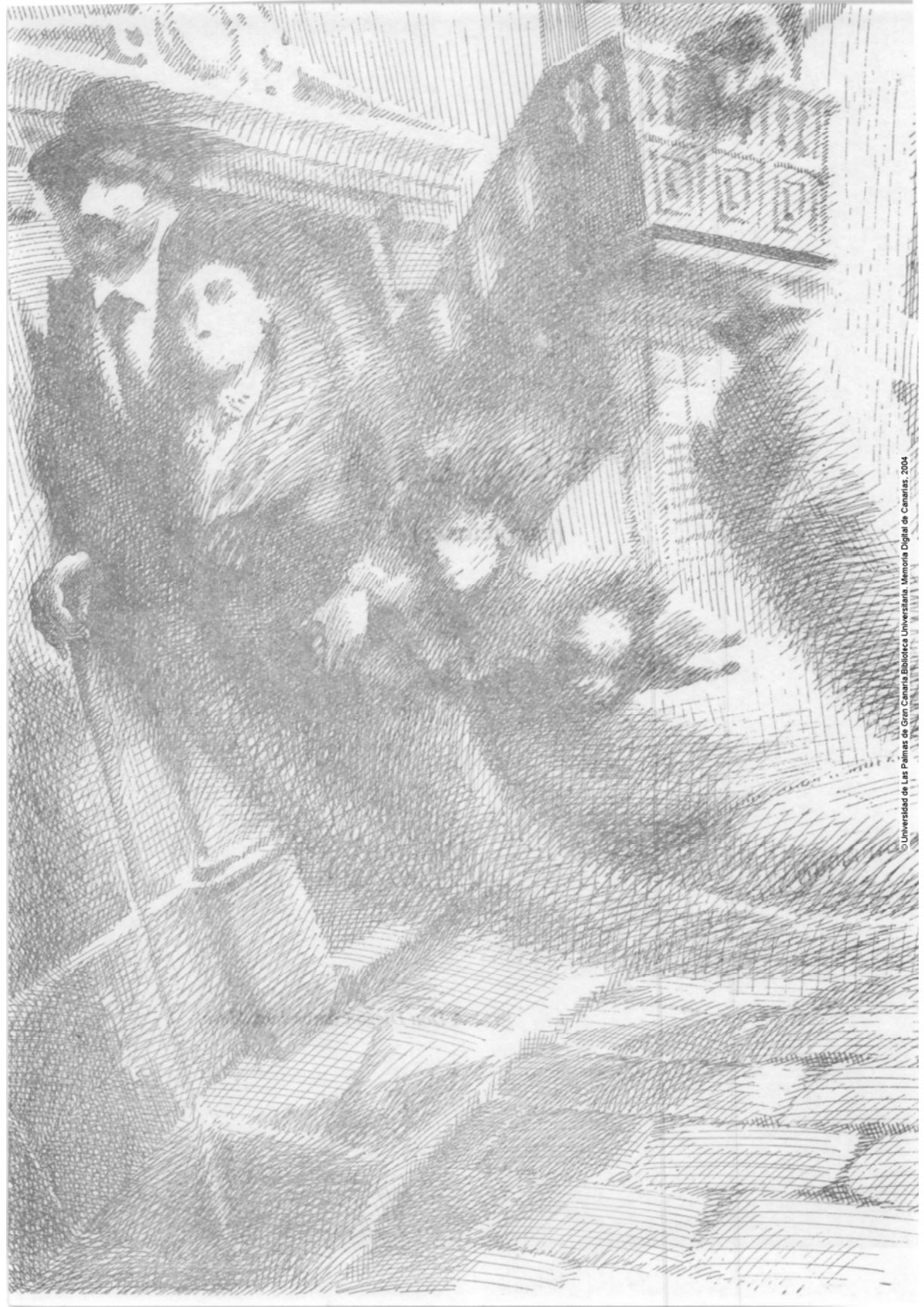
ANTONIO GARCÍA YSÁBAL
Las Palmas de Gran Canaria
Noviembre de 1987



VEGUETA

(narraciones)

A Don Diego Cambreleng Mesa.





AMANE CER

(Vegueta-1925)

*A mis hermanos Yeya y Alberto
Manrique de Lara.*

DURAS son
las crestas de los gallos
que se rompen
y sangran,
y clavan sus espuelas
en los sedientos ijares
del espacio.

Duros son sus picos,
amaneciendo,
enrojeciendo las nubes,
abriéndole los ojos
a la aurora
que comienza a latir,
a despertar,
dando tumbos por las casas,
sobre los tejados, con sus gritos,
sus alegres clamores;
que unen a sus cantos las campanas
que se agolpan
y se agitan en las torres
de las iglesias,

ALBERTO
MANRIQUE

AMANE CER

(Vegueta-1925)

*A mis hermanos Yeya y Alberto
Manrique de Lara.*

DURAS son
las crestas de los gallos
que se rompen
y sangran,
y clavan sus espuelas
en los sedientos ijares
del espacio.

Duros son sus picos,
amaneciendo,
enrojeciendo las nubes,
abriéndole los ojos
a la aurora
que comienza a latir,
a despertar,
dando tumbos por las casas,
sobre los tejados, con sus gritos,
sus alegres clamores;
que unen a sus cantos las campanas
que se agolpan
y se agitan en las torres
de las iglesias,

para crecer y elevarse,
y romper,
y volar prendiendo de sus alas
las blancas azoteas,
los techos que se inclinan
y se visten con las tejas del alba,
tan alegres cantando,
corriendo
con sus piernas de bronce,
midiéndole, desnudas, a grandes zancadas,
las espaldas al día,
tropezando con la altura,
con las nubes, con el viento,
de aquí para allá,
sonando,
quebrando sus metales,
insistentes,
corriendo calle arriba, calle
abajo, como locas,
zarandeando sus furiosos badajos,
subiendo con su voltear
hasta el cielo
que ya comienza a encender sus cenizas,
sus transparentes lámparas azules,
y a *incendiarse en el mar*
las olas de un nuevo día,
mientras,
a lo lejos, en el horizonte,
junto a la estela del humo,
un barco parece hundirse, perderse
en el vacío,
en el infinito,
en el más allá silencioso
de la vida...

Y es el bullicio de la calle
quien extiende sus manos

al aroma
que inicia el despertar,
a dejar oír sus pies
sobre la acera,
el arrastrar triste y pesado
de las ancianas,
tropiezo a tropiezo, hacia la misa;
y a resquebrajarse el silencio
que duerme entre las piedras;
y a romperse en el aire
los rezos de los curas,
con sus sotanas volando,
y sus lutos,
y sus entierros;
y a volcarse apresuradas,
por sus patios y balcones,
en tromba,
las risas, las voces infantiles
que asean la alegría,
la hora del colegio,
cuando Vegueta comienza a desnudar
sus portales,
a abrirse como una flor,
a desperezar
su osamenta de oscuros pergaminos,
para contemplar,
tras los cristales de sus espejuelos,
la nueva luz del día,
como ayer,
rompiéndose en el espacio,
bostezando siglos y más siglos,
ante los sorprendidos ojos del niño
que ahora corre
hacia el colegio,
de la mano del aire, de la mano
invisible y alegre
de sus años,

mi infancia despertando,
mis recuerdos,
con toda la calle oliendo a pan,
y a humo, y a risas,
y a cuadernos, y a lápices, y a libros,
y a voces que me gritan:
¡niño, no corras, no corras, no corras...!

Entonces
recuerdo cómo se oía el mar,
cómo sus olas llegaban
hasta la misma curva
de sus playas, su respirar profundo,
su ir y venir
sobre las piedras,
y llegar hasta nosotros
su áspera fragancia, la fuerza
de su voz,
su canto sonoro, incomparable,
lleno de espuma,
ahora ya perdido, sumergido
en el asfalto,
en otros nuevos amaneceres,
sin olas,
ya más apartados
de estas calles que me llevan
al colegio,
con la alegría y la esperanza
a cuestras, hasta llegar
al patio,
a su edificio,
el que aún estaban construyendo,
lleno de niños,
de montañas de arena,
de cal,
de piedras y cemento,
como pájaros enjaulados,

gritando,
alborotando,
amaneciendo en el viejo colegio
de San Ignacio de Loyola,
junto al mar,
con las campanas soñando
con la primera
luz del alba,
rodando,
todavía creciendo y volando,
de casa en casa,
tan alegres, insistentes,
rompiéndose en el cielo
de este nuevo día
que quisiera en mis sueños volver
a vivir,
abrirlo como una flor
hasta su última palabra,
y de nuevo
hacerlo amanecer, una y otra vez,
amanecer.

M E D I O D I A

(Vegueta-1933)

A Don Diego Cambreleng Mesa.

EN la humilde
y serena claridad del mediodía,
cuando los penachos del humo se antorchan
en las chimeneas,
y el aire
parece sonreírnos,
y el brillo encendido de los muebles
extiende a las paredes
sus esbeltas siluetas,
y los colores de los retratos
parecen adquirir
más luminosidad
dentro de sus dorados marcos,
tan sobrios,
tan respetuosamente serios;
y las olas transparentes de los cristales
se despeñan trasladando
las sombras de sus jardines
a los salones,
y el ruido de los pasos en la calle
se llena de diminutos sonidos,
y cada cosa está
tan puesta en su sitio,

y todo parece más alegre con esta luz,
cuando pasaron al salón
las niñas,
aquellas dos viejecitas,
tan redondas,
envueltas en sus nubes,
con sus rostros blanquísimos,
sonriéndoles a la vida,
caminando despacio,
casi arrastrando los pies,
a un tiempo,
balanceando el ritmo cadencioso
de sus cuerpos, las niñas,
que así las llamaban,
pese a sus años, tan blancos,
posados sobre sus cabezas;
dos hermanas que cuando hablaban
acariciaban la atmósfera,
la impregnaban de una obesa
y gratísima dulzura.

Las recuerdo sentadas,
casi hundidas, en el sofá,
frente
a mis abuelos,
y hablaban dejando caer sus voces,
una a una,
tiernamente sobre la alfombra,
gota a gota,
en aquel mediodía que entraba
alegre por las ventanas,
contando siglos,
escenas y costumbres del pasado,
hablando,
hablando de sus días,
de sus horas
que iban transcurriendo lentas,

lentas,
bajo el rodar
sonoro y alegre,
a veces grave, de las campanas
que hundían sus metales
en el mar;
con sus manos redondas,
de agua dormida,
y sin dejar de hablar
desataban el pañuelo de seda,
y sacaban prendas,
y más prendas: tapetes, pañuelos,
blusas... Si supieran,
ay, si supieran cuánto les ha costado
disimular un roto,
y tantos,
tantos rotos, reparados
por estas niñas
que silenciosamente cosían
y cosían,
incansables,
con los ojos metidos en la aguja,
y la aguja en la tela,
y en la tela las horas,
hundidas,
tan adentro metidas en el tramado
que, ordenadamente,
ellas entretejían, hasta dejar
una tenue, imperceptible
y tierna cicatriz
en la costura,
con sus manos de hada,
con sus dedos de nube,
bajo la luz que entraba, tímidamente,
desde el patio,
hasta la penumbra de la habitación
que olía a sahumero,

a humo de carbón de pino,
donde ellas soñaban y soñaban,
mientras,
lejos, desde tan lejos,
recordaban la voz de su madre
rodando, cielo abajo,
tan dulce,
tan pequeña, que, sin cesar,
las llamaba: ¡niñas, niñas...!

Ahora, en el salón,
sólo quedaron sus voces flotando,
y un olor suave,
a ropa desnuda, recién planchada,
a ropero,
a ese aroma imborrable que transpiraban
las niñas,
que, anhelantes, buscaron
elevant sus alas,
sus encendidos ojos hacia el aire,
para que alguien,
un día,
se los prendiera de un altar,
para así volar lejos,
a la vida,
con los hijos soñados
bajo el silencio oscuro y palpitante
de la noche,
con la esperanza en la puerta,
en la ventana,
aguardando a que el viento
las empujara, suavemente, un día,
con la mano
abierta de la ilusión...

Pero cuántas horas de espera,
cuántas ya muertas,
hace años,

tan queridas y lloradas
por este viejo y nostálgico barrio
de Vegueta,
con sus calles recosidas
por las piedras,
con sus alegres y sonoras campanas,
allá en lo alto,
ahora enmudecidas, de nuestra catedral,
con sus jubilosas
bandadas de palomas,
con sus nobles y orondos
balcones de tea,
y siempre,
un día y otro, vigilantes,
tras las rejas,
tras las verdes ranuras
de sus pequeñas ventanas,
a sus fieles y bondadosas niñas,
que aún parecen,
después de tantos años,
transitar por estas calles
llenas de sol y de alegría,
como entonces,
donde aún podemos contemplar
las huellas
de sus pies en las aceras,
de su entrar y salir por los zaguanes,
oliendo a nubes de agua florida,
y a cielo,
y a lluvia,
en este alegre,
humilde y sereno soleado
mediodía,
un poco antes de que el cañón anunciase,
con su estruendo
de nubes y palomas,
la hora solemne de las doce
de la mañana.

A T A R D E C E R
(Vegueta-1925)

A Sebastián de la Nuez.

CUANDO el sol
se oscurece y se pierde
en la noche,
y las calles comienzan
a quedarse vacías,
y salen lentamente los muertos
de su mundo,
aquellos que yo vivo,
que apenas si me rozan con su aliento,
con su silencioso
ir y venir,
susurrando con sus voces de lluvia
el frío de sus rostros,
y andan,
de aquí para allá,
como etéreas sombras,
con sus pies hundiéndolos
en las enormes cicatrices
de las frías baldosas,
sobre las viejas
y serpenteantes callejuelas,
donde balcones
de angustiadas olas de madera
se contemplan en el cielo,

en el vuelo apresurado
de las palomas,
que escapan hacia el mar,
y saltan,
y ríen los niños en la plaza,
alrededor del Pilar Nuevo,
con las hermanas de mi madre,
las que a gritos
habitan en mis sueños
—ella me lo contó—: tan jóvenes,
tan hermosas,
que las llevaron a enterrar una tarde,
sobre unas andas,
vestidas de blanco,
entre cánticos y enlutados respuestas,
dando tumbos las voces
por las calles,
sembrando lágrimas, encendidos
sollozos...

Y aquellos señores
vestidos de negro, tan largos,
tan estrechos en sus ataúdes,
ferrados sus cuerpos
de tristeza,
y aquella multitud
como una larga cola hacia la iglesia,
con sus clérigos revoloteando
en sus manteos,
como pájaros malditos, de mal agüero,
pobres niñas —decía mi madre—,
tan jóvenes, tan alegres,
cómo han pasado los años,
cuántos,
cuántos sobre tantas duras piedras,
mientras las campanas
volteando,

dando vueltas y más vueltas,
como peñascos
de bronce enloquecidos,
sonando,
recorriendo las calles,
metiéndose en los patios,
trepando escaleras, invadiendo alcobas,
hasta las azoteas desnudas,
bajo el sol,
como sábanas inmensas puestas a secar,
palabras que ahora surgen
de mis recuerdos,
de esta infancia que me quema
los ojos,
con sus muertos a cuestras,
danzando en el espacio,
malditas pesadillas,
noches lentas,
qué lentas, redondeando
de años el pasado,
las horas que me vieron correr,
correr,
correr con mis años por estas calles
comidas por los siglos,
ay, Vegueta, triste barrio,
con tus torres,
tus escudos,
tus piedras carcomidas,
tus días silenciosos, oliendo a cera,
a danzantes nieblas,
rasgadas por las sombras
de esta tarde
oscura cayendo
sobre las paredes de mi antigua casa,
con mis padres muertos,
donde nací,
donde habitan mis sueños,

con mis hermanos muertos, mis amigos,
todos muertos, todos,
y Sonia, mi hija, alegre,
esperando al cartero, una carta
que la llevaría lejos,
muy lejos,
más allá del mar que se pierde
hasta encontrar la vida,
las manos tan azules
del cielo,
donde ahora, en esta tarde
que se oscurece
y se pierde en la noche,
los siento latir en mi rostro,
junto a la lluvia,
pasar sombríos, eternamente vivos,
en mis sueños.

CALLEJON
DE LA GLORIA

(Vegueta-Siglo XIX)

A Luis García de Vegueta.

EN Vegueta
se recuestan los años sobre el frío
camastro de sus piedras,
y en las voces que se oscurecen,
que se desnudan
en el tiempo,
bajo los escombros
del pasado,
y se visten de murmullos,
y se llenan de sombras,
y de pausas,
y silencios,
y se les humedecen los ojos
para hablarnos,
cuando salen de los portales
sus extenuadas sombras,
alargadas,
como láminas de cera,
rasgadas por las nubes de sus muertos,
esos muertos que yo veo,
que me empujan,
que transitan por las calles,
y entran

y salen de los portales,
rozando con sus cuerpos
las paredes,
con sus negros ropajes,
sus mantillas de cárdenos labios,
con sus trajes recosidos,
mugrientos,
como harapos barriendo las baldosas,
bajo la lluvia fría,
penetrante
y menuda de la noche,
con sus ojos vacíos,
como vidrios de lámparas desnudas,
transitando
junto a la oscuridad
que ilumino con mis pasos,
donde el eco resuena
y se agiganta,
y escucho en mis sueños
a mi bisabuelo,
cómo escribe, cómo rasga y ennegrece
con la pluma
la blanca superficie del papel,
y escribe,
escribe con su mano incansable,
calenturienta,
hasta el agotamiento, una y otra vez,
con los dedos hinchados,
comidos
por las palabras
que brotan,
que surgen como lanzas
prendidas de su alma, y se enredan,
y se cosen con la aguja
de las sílabas a los sonidos,
y se crean,
se construyen las frases...

Páginas creciendo,
amontonándose,
apilándose sobre los muebles,
mientras, afuera,
en la calle,
los sueños, los negros penachos
de un entierro
cabeceando contra el aire,
con sus plumas
abanicando balcones
y ventanas,
con sus caballos negros —qué negros
piafando—,
rompiendo sobre las piedras,
con sus cascos,
cientos de años escritos en la sombra,
y los curas
a voces enterrando
muertos y más muertos,
generaciones enteras, mientras
mi bisabuelo escribe;
escribe inclinado su cuerpo
sobre la mesa,
la historia, con la sangre
y la vida,
las hojas del ayer
y del presente,
bajo la luz mortecina de una vela,
perforando con sus ojos
la verdad,
y oyendo cómo cruje
la madera de una puerta,
y la pluma,
y el papel que ilumina;
en tanto continúan
arrastrando los pies,
sobre los fríos adoquines, los difuntos,

las almas desgarradas
como nubes en el aire;
y rompen el silencio los responsos,
las voces negras,
enronquecidas de los sochantres,
apuñalando
con sus cantos oscuros
las paredes,
removiendo siglos y más siglos,
con sus relucientes bonetes,
sus espectrales cuerpos,
tan altos
y serios, invadiendo las calles;
y las páginas escritas,
marcándonos las horas,
escribiendo,
en este callejón estrecho,
oscuro y silencioso, de la Gloria,
mi bisabuelo,
la historia de las islas,
sus dolientes miserias,
la soledad
perdida como una flor en el mar,
reclamándole a la vida
su lluvia generosa,
su diluvio de estrellas,
su amor a la verdad,
cuando Vegueta se recuesta
sobre el frío camastro de su voz,
y se desnuda
para que una luz se apague,
y otras,
cientos de miles de luces
se enciendan,
en un solo corazón donde palpiten
las islas, todas,
en una sola palabra.

EL ABUELO

(Vegueta-1933)

*A mis hermanos Agustín y Magdalena
Cantero.*

ES lenta
la bruma que nos envuelve,
que espesa la memoria
de los siglos,
cuando apenas buscamos
las raíces del tiempo en las cosas
pasadas, y acuden
los recuerdos...

Los siento
cómo se apoderan de mi alma,
se abren en mis ojos,
y veo al abuelo,
y le contemplo, como ayer,
a pesar de los años transcurridos,
igual que entonces,
vestido de blanco,
sentado,
iluminando el salón con su figura;
cómo apoya la cabeza en la mano
larga, fina, transparente,
oliendo a libros,
a papeles.

Cómo cierra los ojos,
y dormita,
y sonrío
—sonrío a un pasado que se le llena
de recuerdos—,
y el salón se inunda
de alfombras
y soleadas, altísimas ventanas,
de infinita ternura,
de paz,
y campanas rodando hacia los cielos,
y me cojo de su mano,
de su vida,
y me voy con él,
hacia su mundo, y caminamos
lentos, como la bruma
adormecida
sobre la niebla,
sobre las cosas que tocamos,
los objetos que nos rodean:
los cuadros,
sus escritos, sobre el oro
redondo de una mesa;
y salimos a recorrer los sueños,
a vestirnos de siglos,
por este barrio
de sombras que transitan en silencio,
junto a los familiares
y los amigos muertos.

Vamos despacio.
No hay prisa. El tiempo no se acaba.
Aunque se pierda en el firmamento
lo podemos palpar,
como ahora,
igual que toco
la mano del abuelo;

y siento su calor en la mía;
y escucho su voz,
con cuánta ternura me habla,
y comprobamos
que la calle es la misma,
y la casa;
nada ha cambiado,
ni su frontis,
ni la lápida que está allí,
arriba,
vigilante,
sobre el portal.
Y él me la señala: aquí nacimos.
Todavía
es nuestra casa.

Pero otros seres,
extraños, con otras inquietudes,
hoy la habitan;
sueños diferentes, distintos
a los nuestros;
esta casa,
donde tanta historia, tanto amor
y cultura,
lágrimas y alegrías,
durante cientos de años
dio cobijo a una familia.

Volvemos a transitar,
a hundirnos
en las tinieblas de los recuerdos,
insignificantes,
muchos desaparecidos en la lejanía
de la infancia;
oyendo cómo vuelan,
cómo se estrellan los pájaros
en el vacío
y se pierden en las sombras

de sus alas;
cómo llueven las flores que aroman
la alegría del camino;
y los árboles que salen,
veloces,
a nuestro encuentro;
y escuchamos, emocionados,
la noble
y amiga voz del mar,
que rueda bajo los pies de las tapias
del viejo cementerio;
y a los lejos
las torres erguidas de la catedral,
y más lejos el campo,
La Montañeta,
a la que subíamos, despacio,
hacia su cima, una mañana, contándome
historias, arriba,
donde el color se vacía
en el cielo, inalcanzable,
en medio del espacio,
respirando el paisaje, jugando,
nuestros ojos,
con una mariposa que revolotea,
como la brisa que hierve,
indecisa,
en aquel silencio,
sólo interrumpido por las voces
lejanas, de otros seres
perdidos tras la niebla
de otros montes.

Y ahora, de nuevo,
en la estable quietud de la penumbra
del salón,
en su mágico equilibrio,
a mi hermano Juan Luis dibujando

su cabeza,
junto a la tarde que cae,
pesada,
sobre los muebles,
sobre las blancas y transparentes
cortinas,
cuando del tiempo
parecen llegar lentas,
espaciadas,
las campanas que tocan
a ánimas,
movidas por la mano del viento,
como lágrimas de bronce
cayendo sobre la noche, cerrándonos
los párpados, lentamente,
y a mi padre
palpitando en sus ojos,
mientras sonrío,
y escucha
la voz clara y sonora
de mi hermano
Agustín que lee la palabra
encendida de un libro,
y cómo su aroma
se expande,
y flota en el ambiente sereno
de la casa,
rodeada de objetos sencillos,
humildes...

Y a Vegueta
que en silencio comienza a caer
en el abismo de los siglos,
más allá de los sueños
donde habitan
los ojos del abuelo
abiertos, intensamente,
en los míos.

LA VIEJA
CARBONERA

(Vegueta-1932)

*A mi hermano Juan Luis, en la memoria,
y a Adela Alonso.*

DONDE las paredes
se acaban
y se visten de frío,
y ponen fin
al mundo de nuestra infancia,
allí,
en el último rincón
de la casa está la carbonera,
oscura,
impenetrable,
donde enciende el misterio
su agonía,
y se pierden
en lo más profundo de sus tinieblas
las locuras del miedo
acechando nuestras voces,
los juegos,
esa sombra enlutada, tan negra,
hundida en la soledad
de sus visiones,
en la cueva, ese nicho,
donde a veces, la oscuridad
o el miedo,
nos hacía introducir la cabeza,

para no ver
más que carbón, y noches
eternas, largas como gemidos,
donde el diablo acechaba,
lo veíamos allá dentro metido,
brillándole los ojos,
diminutos,
escurridizos,
que iban de un rincón a otro,
aprisa, fugaces,
como estrellas flotando,
cayendo de pronto de la noche,
cuando afuera,
en el patio, arriba,
estaba el cielo, tan claro,
tan azul...

Más tarde,
en nuestras habitaciones,
donde las puertas
abrían sus ojos al cielo,
como los pájaros,
en lo más alto,
donde dormíamos y acababan
nuestros juegos,
rendidos de cansancio,
aunque a veces, cuando el viento
movía las ventanas,
o se metía
aullando por entre las rendijas,
sentíamos miedo, y entonces,
nos quedábamos
con los ojos muy abiertos,
fijos,
contra el techo,
clavados en su altura,
y así permanecíamos, hundidos en la cama,

aquella tan alta,
de barrotes retorcidos,
con arabescos de plata,
muy brillantes,
imaginándonos seres que se movían,
se alargaban
y se perdían por las paredes,
trepaban por las cortinas,
de un lado para otro,
hasta que el sueño nos vencía
y nos trasladábamos a otros mundos,
al de aquella niña que nos contemplaba
fijamente —qué pesadilla—,
flotando en el vacío;
que se nos acercaba con lentitud,
vestida de blanco, arrodillándose,
como una nube,
con las manos muy juntas,
como si orase,
mirándonos,
con los ojos vacíos, blancos,
como lagos
perdidos en el infinito,
siempre allí,
ante nosotros que queríamos huir,
lejos, desaparecer,
que aquella tarde habíamos oído
cómo una señora contaba a nuestra madre,
con voz
apenas susurrante,
cómo su hija había muerto, aquí,
en esta habitación,
sobre esta misma cama,
y que venía por las noches
en busca de su madre, y la llamaba,
y sollozando le decía: ¡ven, ven...!
y nosotros

sin saber cómo despertar,
volver de nuevo al patio,
a la cueva,
con sus piedras amontonadas,
negras,
unas sobre otras, en desorden,
contemplándonos,
para liberarnos del sueño,
y estar allí,
en el infierno, en lo más negro
de su mundo,
por no ver más visiones...

Fue tarde,
muy tarde cuando la luz
penetró luminosa por la ventana,
sonriente,
cuando nos levantamos,
confiados y alegres,
de nuevo corriendo
al último rincón de la casa,
donde las paredes
se vestían de frío
poniendo fin
a nuestra infancia,
al patio,
a su olor penetrante a jabón
y lejía,
junto a la oscura carbonera
de nuestros años,
donde aún el misterio,
a pesar del tiempo transcurrido,
nos espera,
pacientemente,
hasta el final de este juego
que es la vida.

PLAZA DE SANTA ANA

(Vegueta-Siglo XVIII)

A Néstor Alamo.

PLAZA de Santa Ana,
tendida,
como un mar de palabras,
de versos,
de sílabas y flores,
como el viento sobre el piso
que alfombra con sus alas las palomas.

Plaza,
plaza de arrullos,
campanas y repiques,
que eleva sus ojos a los cielos
y los tiende sobre el mar,
bajo las montañas radiantes
de ternura,
donde las manos del aire
las cubre de palmeras,
de limpias,
circulares esmeraldas,
bajo la firme vigilancia de unas torres
que suben a lo alto
del espacio,
donde se escucha

el mágico rodar de las estrellas;
y están los perros,
alertas,
fijos guardianes del tiempo,
donde acuden los niños con sus juegos,
sus risas,
su inocencia volando hacia la vida.

Fue entonces
cuando estallaron cientos de miles
de pájaros,
rompiéndose en el aire,
cegando el cielo con sus plumas,
acudiendo a nuestros ojos
los sueños,
las desgarradas,
visionarias nieblas, otros siglos,
junto a un tumulto de oscuros sombreros,
levitas,
elevados bastones,
y tocas,
y humildes mantillas.

Otros seres
que ahora dialogan con el tiempo,
este día,
cuando los santos
subidos en sus tronos,
con sus trajes de fiesta,
se van
a pasear por las calles
el aroma de la isla,
sus flores,
el olor encendido de los cirios,
con los monaguillos
corriendo,
sembrando sahumerio,

rompiendo con sus piernas el aire,
como enloquecidos,
delante de los Inquisidores
que se fueron tras ellos,
a golpear con sus voces a los incrédulos,
a sembrar sus tribunales,
sus desgarrados lutos,
sus cantos,
sus terrores, amenazando,
culpando a la multitud de apostasía,
arrancándole a la mañana
su radiante blancura,
ennegreciendo las calles,
cubriéndolas de eternas
y sangrientas noches,
atropellando a los niños,
y a las ancianas
que corrían tras sus vírgenes,
porque ellas pensaban
que el diablo,
aquellas encrespadas y rugientes llamas,
las fruncía la boca,
les retorció el mentón,
las desdentaba,
las zarandeaba de aquí para allá,
cuando los colores tan negros
y atormentados
de los Inquisidores
las amenazaban con meterlas
en el infierno
de sus turbias envolturas,
con sus severas disciplinas,
sus reglas.

Y entonces las mujeres
se persignaban,
se encogían de miedo, pobres,

pobres viejas,
y rezaban,
rezaban hasta el cansancio,
y clavaban sus rodillas
sobre las frías baldosas,
sobre las tumbas de los templos
que guardaban a sus muertos, sobre cruces
y sombras,
y fechas carcomidas por los siglos,
cuando los cuervos, tristes,
siniestras sombras,
se fueron tras los santos,
empujando,
atropellando a los fieles,
sobre las calles que a llantos
se rompían,
se estrujaban,
crujían sobre las duras piedras
que ocultaban a sus antepasados.

Y las aceras,
las paredes, unas contra otras
aplastándose,
cubriendo con sus escombros
los portales,
las ventanas.

Y los airados balcones
por donde se salían a gritos,
despedazados,
los rezos.

Y los santos,
con sus tronos, sus estandartes,
huyendo,
enloquecidos, de un lado
para otro.

Y las vírgenes
con sus mantos constelados, sus manos
extendidas, implorando
a los cielos,
corriendo hacia las puertas de la catedral,
que se abrían,
inmensas,
para dar paso a los fieles
que huían escapando del fuego,
de aquellos que pedían
la gloria,
el paraíso, con sus látigos
de muerte,
sus potros manchados de macabros difuntos,
para así escapar
del infierno que habían creado,
de la carne que les quemaba,
como un ascua,
las entrañas,
sus rabiosas conciencias,
con sus trajes tan negros,
sus dedos crispados,
levantados,
arañando las hogueras
tejidas por las olas de los fuegos,
cuando el perdón
no les llegaba a los labios,
no sabían decirlo,
convertirlo en palabra,
en vuelo hacia la vida,
encenderlo,
hacerlo realidad
en el inmenso mar donde sueñan
las campanas de Vegueta
con volver
a la plaza, a rodar

con Santa Ana, con sus hijos,
hacia la luz,
repicando,
desde lo alto de las torres.

Y ahora que el tiempo,
con sus siglos pasados,
se ha perdido en la bruma,
como una pesadilla,
como una sombra
que se fue para siempre de la historia,
podemos contemplar a la ciudad
—sus campanas,
sus perros, su plaza—,
inmensa,
a salvo,
tendida bajo el sol vigilante
de los ojos del niño
que en sus juegos,
junto a un mar de palabras,
versos,
sílabas y flores,
con su luz y su inocencia,
del brazo de la paz,
eternamente,
nos la ilumina.

LA ALAMEDA

(Estampa romántica del XIX)

A Manuel Padrón Quevedo.

CAUTELOSOS,
pisando con ternura
los años que se han ido,
entramos en la Alameda,
porque no despierte de este sueño
de hojas y rumores,
ni de la exuberancia olorosa
que estalla en el aire,
ni del incendio voraz
de los árboles que bordean
su alegría,
para que vuelvan de nuevo
sus ramas
a desnudarse en los ojos
que ahora están
prendidos de años y recuerdos;
para admirar
sus más vivos y ardientes colores,
sus airosos,
festivos farolillos,
por donde ya pasean, al son de una marcha,
nuestras jóvenes
abuelas.

Las vemos
cómo arrastran sus largos y pesados
trajes,
rodeados sus cuellos de orlas
y de velos,
y de ondulados encajes de vainica,
de inútiles escondrijos,
barriendo
con el raso de la seda
la tibia superficie
del salón
central de la Alameda,
donde el aroma está vivo como un ramo
de rosas,
donde se arrastra con ternura
la fragancia,
la que ahora baila
sobre el tiempo que abre
sus ojos,
sorprendido, al camino.

Y escuchamos sus risas,
cómo crecen,
y se llenan de alas y cristales;
y sus voces
donde se alfombran los jardines,
que estallan alegres,
sonoras,
oliendo a templadas, floridas
lluvias, a agua
de olor,
a primavera.

Y vuelan, y se van
junto a los pájaros que enraman
el paseo,
a enamorar a las flores

que perfuman la noche,
para envolverse en los hombros
de la ciudad,
enrojeciéndose en el pudor
de las nubes
que huyen a otros lejanos cielos,
iluminando con sus ojos
los balcones;
donde las grandes
y bronceadas farolas se encienden
en silencio;
y la admiración de los abuelos
se hunde en cientos
de miles de palabras y amorosos deseos,
para caer rendidos,
y velar sobre las páginas de un libro
el insomnio interminable
de la noche,
pensando en los labios
que todavía
sonríen, y en la mano
que se viste nerviosa de plumas
y varillas de abanico
y picardía;
esa mano que le airea el rostro
al paseo de la Alameda,
que ahora sueña en el pasado,
levantando oleadas de faldas,
al compás de los años
que vienen y van con sus laureles erguidos,
sus plátanos del Líbano,
rasgando con sus ramas los celestes
tejidos del espacio,
que asoman
sus frondosas paredes vegetales
a la calle,
sobre la plaza de Cairasco,

para besarle los ojos
al ilustre y señero Gabinete
Literario,
y al quiosco que se llena
de valsos
y alegres pasodobles,
mientras pasean, airosas,
las jóvenes abuelas sus trajes
recién confeccionados;
y se sofocan,
y suben y bajan los senos,
ruborizados,
ante las sobrias, correctas
y galantes palabras
de los abuelos,
que clavan sus varoniles bastones
en el suelo, y elevan
sus sombreros,
sus sonrisas,
inclinando las cabezas, saludando
a la luz que ahora escucha,
tímidamente,
cómo cae una hoja,
y la risa de una flor sobre el piso
que entreabre su aroma
para dibujar
en sus labios el deseo,
la llama del amor y de los sueños,
donde aún escuchamos
la música lejana y transparente,
por donde ya se van,
al compás de los años, las jóvenes
abuelas, del brazo de la alegría,
por el salón
central de la Alameda.

LA CASA VACIA

A mis hermanos Jane y Luis Jorge.

ANTE el portal que se abre
de la casa vacía,
penetra la oscuridad
que se extiende como una sombra
por el patio,
y levanta los párpados a los ojos
que sueñan
envueltos en el silencio
de las cosas,
para huir del misterio
que se oculta
donde acaban las paredes su vejez;
donde habitan
y se alargan las horas,
donde el aire parece estar vencido
por el cansancio,
y el corazón olvidado en la viva
transparencia
de los cristales
que miran hacia los años
del pasado,
rodando por los corredores de madera
que acuden al patio,
donde el jardín ilumina

con sus flores
los muros que se desnudan
y se precipitan al vacío de sus grandes
soledades,
volcados sobre el piso que se hunde
dando forma a otras huellas,
a otros siglos,
los que un día cobijara
los alegres y seguros pasos
de otros seres
amados,
por los anchos y plácidos salones,
donde extrañas
osamentas de caoba daban forma
a los muebles,
y crecían las paredes cubiertas
por cuadros y tapices,
y libros;
donde el aire se impregna de ternura
junto al aroma dormido
de las cuerdas de un violín;
donde el eco limpio y luminoso
de una voz
pasa de largo a través
del vacío,
ahora, que llega
hasta mis sueños el pisar recio
de esta casa,
descifrando sus oníricos mensajes
hacia otras vacías estancias;
donde adivino,
sentado en un sillón,
al noble anciano, inclinada su cabeza
sobre la paz del libro
que lee, bajo la luz lenta
de la tarde que cae,
y más allá, en la alcoba,

la cama grande bostezando su estatura,
con el dosel mirando
hacia el techo,
y a un lado la cómoda ondulando
con su madera
la curva encinta del espacio.

Y las alfombras
invadiendo los pisos, acariciándolos
con su fragancia,
rodando bajo los pies que un día
poblaron esta casa;
la casa vacía que de pronto se nos llena
de palabras, y risas,
y recuerdos,
y de pequeños y familiares ruidos;
de pasos que se acercan
y se alejan
por los pasillos oscuros
de los sueños,
donde el noble anciano pasea,
con las manos ocultas
tras las espaldas, cavilando,
feliz,
pese al expolio
de aquellos que un día, sonrientes,
desnudaron la casa,
vaciándola de sus más entrañables
objetos,
dejándola sola,
en el más negro rincón de los olvidos,
donde los ojos del tiempo
aún iluminan
la historia para siempre escrita
por los siglos,
en esta casa
vacía, donde no dudaron

clavar sobre el silencio gris
de su pared,
un letrero conciso, frío
como una lápida, que dice: Se vende.
Para informes,
aquí:
la casa vacía.

ARRORRÓ

A la memoria de mi madre.

FRENTE a la interminable
blancura del papel,
sobre la flor sublime de la nieve
que se aroma en las hojas
del alba,
y deletrea la luz,
el blanco amanecer de nuestra vida,
voy a escribirle al sueño
una historia
con la pluma volando del recuerdo,
donde habitan
los fugaces segundos que se ocultan
en el pasado,
como granos de oro entre los dedos
azules del día,
como partículas de lágrimas
de sangre y de alegría,
junto a la inmensidad del espacio
que llega de improviso
tocando, insistente, a nuestra puerta,
donde crecen las ramas
que se esparcen sobre el campo
maltrecho de esta oscura
y frágil memoria,
donde voy a hilvanar las sílabas

perdidas,
coserlas con el tiempo pasado,
para así reconstruir
esta casa desnuda de la infancia,
que un día fue mi vida,
y clavármela en los hombros,
para caminar con ella,
a cuestas,
hasta la cima
donde se colman mis años,
donde los ojos se abren y penetran
claros como el cristal,
para hundirlos
en los despeñaderos donde duermen
las horas oscuras
donde gimen los sueños,
hasta su honda raíz, para volver
a crecer
junto a la lluvia limpia
y fugaz de la niñez,
sobre la superficie
viva de los juegos, de las horas
que se pierden
entre las piedras del camino.

Deshojando la voz sobre la luz,
para recuperar el rostro
de mi madre,
señalar con la línea de la palabra
sus amadas facciones,
su clara y transparente, blanquísima
sonrisa, y sus ojos
hundidos en la generosidad
de un mundo de luces,
donde aún parecen estar presentes
las diminutas
y brillantes estrellas;

y sus labios,
que se abrían para poblarnos
de jardines la transparente rosa
que flotaba en el centro
de la sala.

Esa imagen soñada,
que sólo habita en la hondura del alma,
donde duerme
bajo el rodar sereno
y alegre de las campanas que repican,
de Vegueta,
la niñez que un día se meciera
junto al revuelo
de sus tañidos, acariciado por la voz
que aún siento
cómo se desviste y tierna se derrama,
bañándome de amor
la memoria.

Que me canta el arrorró,
y escucho cómo ríe,
y me reprende,
y con ternura me abraza,
mientras duermo,
y continúo escribiendo hasta acabar
sumergido
de nuevo en los años,
oyendo su voz,
lejana, cómo me arrulla, y canta,
y me hundo en el abismo
de sus ojos,
donde escucho, perdido entre sus brazos,
como un eco:
duérmete, niño chiquito...

Y me rindo, arrorró,
y sueño.

VEGUETA

A la memoria de mis padres.

PEQUEÑA, entristecida ciudad,
que despierta en mi alma bajo la luz
monótona y pesada
del tiempo,
envuelta en la niebla de la mañana
que abre sus brazos,
desnudos,
como los ojos profundos del niño
que sufre;
que está viva en el color
de la lluvia
que cae zarandeada por el aire
del cielo,
y sueña tendida a los pies
de un mar que incesante
la arrulla,
la adormece con ternura infinita.

Este mar que rueda
incansable
sobre las piedras redondas,
cubiertas por un musgo
suave y resbaladizo, lleno de estrellas,
y de un luminoso
y verde terciopelo oliendo a mar,

junto al vuelo de las olas
que crecen como nubes,
playa de San Agustín, donde los niños
juegan moviendo piedras
de un lado a otro,
levantándolas, en busca
de conchas y fantasía.

Esta pequeña y humilde
ciudad que, lentamente, los años
va desmoronando,
que en mis ojos se aviva cuando acude
a mis recuerdos,
que siento en mi alma cómo se ahoga,
y se le encoge,
y se le arruga la piel, su invisible
sombra de aire que se desgarrar;
cómo se le hunden sus pliegues
en las oscuras piedras
de la calle que se estrecha,
que huye
hacia las raíces
de su envejecido cuerpo;
en tanto
se escucha en la lejanía,
escondido tras las paredes de la lluvia,
el ladrar de un perro
a las sombras
que surgen de improviso del silencio;
y a un niño
que no cesa de vivir
y llorar...

Ay, Vegueta,
pequeña ciudad de mis antepasados,
donde habitan mis muertos,
los que ahora me observan, y buscan

atentos las palabras
de mis pasos,
acechando tras los cristales
de sus ventanas,
desde sus labrados balcones
de olorosa madera,
curiosos,
el paso de la vida,
mientras continúa amaneciendo
bajo la manta del alba,
lenta y pesada,
esta mañana que comienza conmigo
a despertar,
a iluminar el espacio,
cuando un gallo lanza su canto,
veloz,
como una flecha de luz:
—¡Cristo nació...! hacia otras
blancas y luminosas azoteas;
y unos a otros
se van contestando :—¿en dónde...?
y más allá: ¡en Belén...!
y lejos: ¡quién te lo dijo...!
y por último,
donde se pierde el mar: ¡yo que lo sé...!

Y así se fue llenando el cielo
de crestas, de rojas
y encendidas admiraciones,
rompiéndole a la lluvia su blanda,
menuda y breve canción,
su palabra
transparente y silenciosa...

Y comenzaron las campanas
a rodar,
a gemir sus adormecidos bronces,

como húmedas vocales
sobre esta sobria y espesa bruma
que aroma,
con su soledad de siglos,
las calles,
a sus sonoras cristalerías
de agua, y a sus piedras,
y a las paredes
que se cubren el rostro con las manos
cubiertas de rubor
y pasiones.

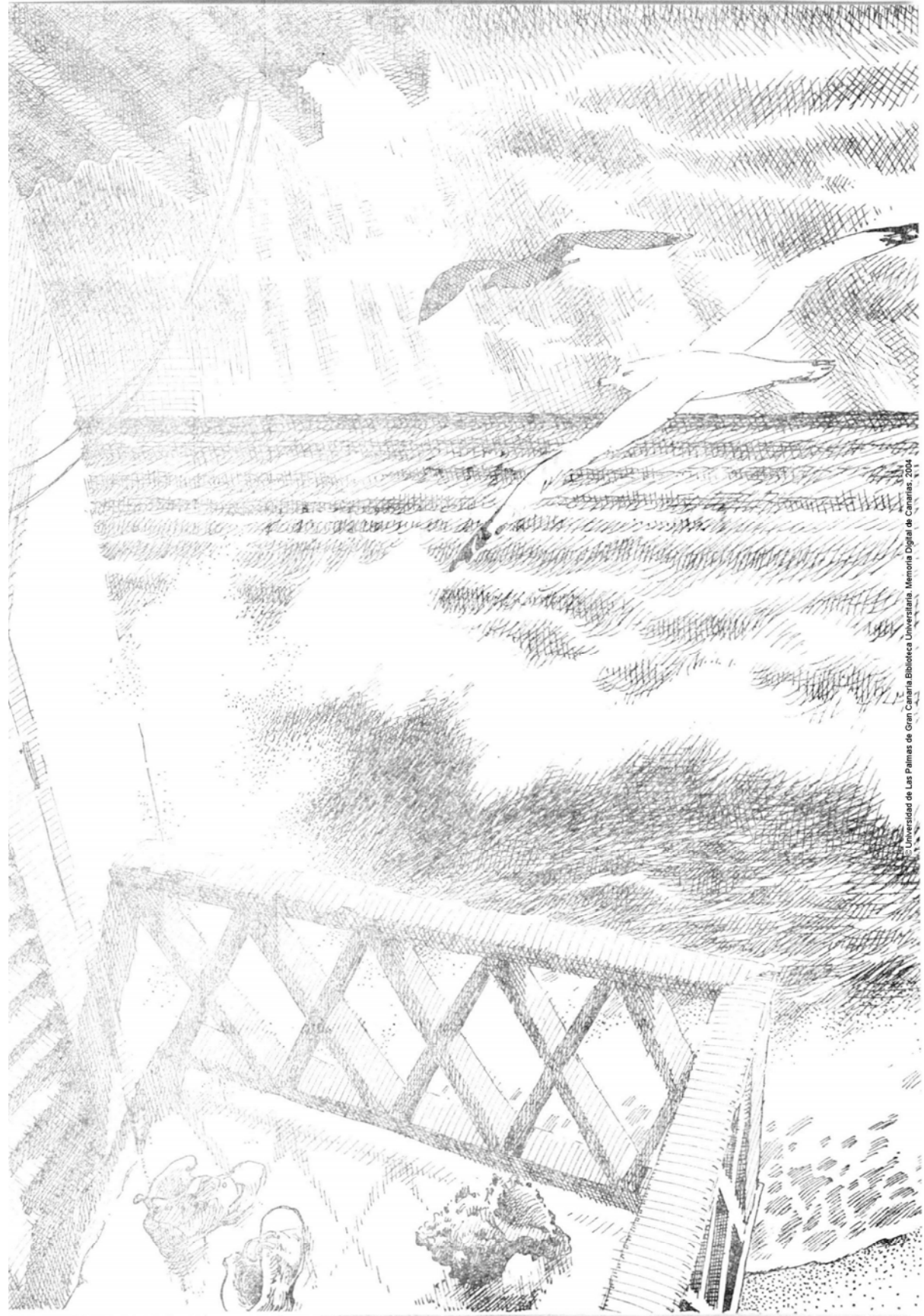
Ay, Vegueta,
barrio donde nací,
de mi niñez, cercano a la torre
de la Audiencia,
de la mano de mis padres,
recorriendo tus calles,
las que no podré sentir
cómo se me escapan,
cantando,
bajo las piernas; alegre
y feliz,
donde la lluvia
todavía continúa cayendo,
sembrando el aire
con sus flores humedecidas,
volcándose
como un espejo de agua
sobre las brillantes, pulidas
baldosas, con sus manos
sedientas de paz
y poesía;
restregándose los ojos
que apenas ya ven, que se van cegando,
lentos, en la oscuridad
de los siglos,

donde escucho cómo mi cuerpo envejece
en este pequeño
y humilde hueco, donde ayer
fui niño,
en Vegueta, mi barrio,
donde me esperan.

Les veo cómo me extienden
sus manos desgarradas por la lluvia,
y cómo me humedecen
el rostro con su frío,
mis muertos, para volver a ser,
a recobrar la luz
que ahora se me escapa
de los ojos,
junto a las lágrimas
que me vieron nacer y gritar,
amando y riendo,
donde los pájaros se pierden
más allá de los vuelos,
de los años,
y la vida comienza, silenciosa,
a ocultarse en las estrellas,
de nuevo a despertar en el corazón
de los sueños.

PLAYA
DE LAS CANTERAS
(narraciones)

A mis hijos Sandra y José Javier Fernández Doreste.





VERANO

(Playa de las Canteras-1928)

A Donina y Alberto Kaehler.

JUGABAMOS a ser
el aire que corría y saltaba
rompiéndole a la orilla de la playa
su cintura.

A mojarnos,
a rodar con las olas más altas,
las que apuñalan
los cielos.

A ver quién rompía
más cristales
a las vidrieras del mar.

A tirarnos arena,
a encenderla en el aire,
dorándola,
prendiéndola de risas y palabras.

A desafiar las ondas
que mansamente se rompían
ciñéndonos los pies,
salpicándonos los ojos de diminutas nubes,

ALBERTO
MANRIQUE

VERANO

(Playa de las Canteras-1928)

A Donina y Alberto Kaehler.

JUGABAMOS a ser
el aire que corría y saltaba
rompiéndole a la orilla de la playa
su cintura.

A mojarnos,
a rodar con las olas más altas,
las que apuñalan
los cielos.

A ver quién rompía
más cristales
a las vidrieras del mar.

A tirarnos arena,
a encenderla en el aire,
dorándola,
prendiéndola de risas y palabras.

A desafiar las ondas
que mansamente se rompían
cifrándonos los pies,
salpicándonos los ojos de diminutas nubes,

cuando el sol,
en lo alto,
con su lengua de fuego,
dialogaba con la tierra;
y el mediodía,
lentamente, se tumbaba de espaldas,
frente al sol,
en la playa,
bajo la enorme sombrilla del espacio.

En tanto
corríamos, saltábamos
con la alegría prendida a nuestras piernas,
rompiéndonos los brazos
en el aire,
cuando una nube era una vela,
y un barco era una luz,
y un hombre era una voz,
y el cielo era una hoguera que se hundía
en la recta infinita
del horizonte,
interminable,
donde crecía la noche.

Ay, los recuerdos,
con cuánta ternura viniendo
a nuestro encuentro, prendiéndonos
de paz nuestra niñez,
sembrando voces, gritos, risas;
y una niña,
y unos ojos, y unas trenzas
iluminando nuestras vidas:
Beatriz,
con su enorme tristeza,
contemplándonos,
tan sola,
cuando sabíamos que su madre

la había abandonado,
para huir lejos,
muy lejos;
y un señor alto y delgado que la hablaba
con ternura infinita,
en un idioma extraño;
vestido de oscuro, tan triste
—qué triste aquel hombre besando a su hija—,
mientras corríamos,
saltábamos
salpicándonos de agua, de lágrimas,
de niños, de nubes, de risas,
de gritos...

Cuánta inocente crueldad...!
y Beatriz,
aquella niña sin juegos ni palabras,
con la mirada vuelta
hacia el mar,
metiéndoselo en los ojos,
tan abiertos,
tan profundos; aquel mar
que nadie comprendía
por qué se había llevado a su madre,
de pronto,
una mañana, dejándola
tan sola;
y en medio de aquella pena
nuestra inocencia,
cuando corríamos a ser
el aire de la orilla de la playa,
el agua del mar que se perdía
a lo lejos,
donde los ojos
sólo pueden prenderse de sueños,
alcanzándolos,
viviéndolos intensamente,

ahora, con los años
que aún preguntan por qué Beatriz
quedó sola,
abandonada, en medio de la playa,
frente al infinito
y luminoso mundo de sus días,
de los nuestros,
que sólo sabían correr, correr,
correr sin mirar hacia atrás,
felices, de frente,
hacia la vida,
hacia los días intocables
que sólo
pertenecen a los niños.

INVIERNO

(Playa de las Canteras-1928)

A Guillermina y Antonio García Ysábal.

EN invierno
la playa está desierta,
tendida a lo largo de la orilla,
fría como un cadáver
sobre los años de mi infancia,
frente a nuestra casa,
donde a diario escucho el mar,
cómo se desangra,
se vacía,
se devora a dentelladas
en la arena,
y corre por los patios,
galopando,
dando gritos,
hasta meterse en las habitaciones,
y ruge lleno de viento,
de ventanas
y puertas que se abren
y se cierran,
que golpean el aire con sus ruidos,
sus gritos de madera,
llenando de locura la rosa
del espacio;

cómo las aguas roncán,
se despedazan en sus vientres,
en sus oscuros naufragios,
y se ocultan
entre las olas que se alzan furiosas,
arriba, polvorientas,
llenas de sed,
queriendo alcanzar las nubes,
golpeando frenéticas
los muros de la casa,
con los puños cerrados, heridos
por las aguas,
por las olas desgarradas,
malheridas,
furiosas, con la rabia espumeante
sangrándole los labios,
estremeciendo las paredes,
con el horror saltándole los ojos,
bajo los golpes
que las hacen gemir,
lanzando despiadados
aullidos de gaviotas anloquecidas,
aleteando,
desgarrándole los ojos
al cielo...

Fue entonces
cuando me sacaron de la cama
y me arrastraron
hacia la oscuridad de una habitación,
y me sentaron
sobre un agujero,
con las piernas flotando en el vacío,
indefenso,
perdido en las tinieblas.

Y se apoderó de mí la angustia,
con sus ojos desorbitados,

malheridos por el pánico,
porque sentí
que me hundía en aquel
interminable abismo, cada vez
más oscuro,
más hondo...

Después de tantos años,
cómo lo recuerdo,
y siempre, todavía,
hacia la nada cayendo, adentro,
con el mismo terror
que entonces me agarrotaba,
con las manos
crispadas, aferradas a la oscura madera,
por no caer abajo,
hacia el más profundo pozo,
muriéndome en las cuencas vacías
del silencio.

En tanto, a lo lejos,
se escuchaban las voces perdidas,
tan distantes,
de los niños que jugaban
en la playa,
igual que ahora, en la calle:
voces,
voces que oigo
—las sigo oyendo como ayer—,
como siempre
las siento en mi corazón;
se reían gritando,
echando afuera pájaros y nubes,
prendiendo su alegría
de la arena que volaba con sus vidas,
mientras mi cuerpo se hundía,
se sigue hundiendo,

a pesar del tiempo transcurrido,
a lo más negro,
sin pics,
hacia la muerte que un día
comenzará a despertar,
como un sueño,
junto al llanto de aquellos segundos
tan tristes,
angustiosos, abriéndome
los ojos, sin piedad,
a la vida.

B A J A M A R

(Playa de las Canteras-1928)

A Alfredo Herrera Piqué.

ESTAR aquí
de nuevo, junto al mar,
esta tarde distendida,
que rueda
lentamente envuelta en las palabras
del cielo,
deshilachando nubes,
tejiéndose en las alas
del espacio,
para volver a contemplar
su larga, desnuda
y solitaria orilla,
donde una inmensa
y transparente página de aluminio
se extiende sosegada
a lo largo de sus aguas,
sobre este desierto
de líquidos plumajes, de raudos,
vertiginosos relámpagos,
que deslizan
la llama de sus vientres
sobre la tersa y luminosa superficie,
junto a la blanca
línea florecida

por la plata, donde habita
la piel
quemada y sonriente
de la arena.

Y estar entre las rocas,
y hundir
las manos en los charcos,
hiriendo la quietud de sus espejos,
donde el mar
ha dejado en su huida,
a trozos,
su gran diluvio de cristales.

Y ver cómo los peces,
diminutos,
se escurren entre los dedos,
y escapan sigilosos,
como duendes
de hilos plateados, cosidos
a la espuma de las olas;
y contemplar,
a lo lejos, soñando en el horizonte,
las velas hinchadas de una barca,
con sus voces
blancas, movidas
por el viento, dialogando
con el aire azul del día,
esta tarde
dormida sobre la playa,
bajo el sol que la cubre,
cerrándose los ojos
con la mano temblorosa
de la brisa,
mientras,
los niños juegan tranquilos,
sosegados,
construyendo murallas,

volcanes
y castillos, modelando figuras,
y sueños,
con sus voces, sus risas
perdiéndose en el mar, lejanas,
hacia donde han huido
las grandes olas,
para que aquí, a nuestros pies,
se vuelquen las pequeñas,
las que apenas saben andar,
desmayadas,
sin fuerzas, sobre la orilla
que se extiende infinita,
sin límites,
con sus minúsculas piedras,
sus trozos de alegría,
sus colores
pulidos por los labios del agua,
y lejos,
en el fondo, una lancha,
y un hombre inclinado, escuchándole
al mar su oleaje,
sus palabras tan hondas,
esperanzadas,
su música de lluvia y caracolas,
en el orden luminoso
de su mundo,
donde duermen los náufragos
sus nocturnos silencios,
los sordos
arrecifes de la muerte,
donde habita el abismo,
y esta paz
que nace eterna y palpitante,
serena,
inmensa, como la luz
donde soñamos.

COLEGIO DE NODAS

(Playa de las Canteras-1926)

A Gabriel Cardona Wood.

COMO una ola
de páginas escritas por la mano
del aire,
la que mueve a las nubes
para dibujarlas en el firmamento.

La que enseña
a descifrar las letras que se agrupan
y andan y sueñan en las voces
que nacen de los niños.

Cuando el tiempo me hunde
en su luz
y me aprisiona en su pasado,
y vienen a mi memoria
las horas
lentas, calurosas,
adormecidas,
del colegio de mi infancia,
el de las Nodas,
cercano a las olas que se recostaban
junto a un mar
que no quería ser gris,

sino azul,
contemplándose siempre en los ojos
del cielo, y que a veces
se hundía
hasta la cintura del horizonte
para que éste le pusiera
una falda de agua
con alas de paloma.

Que llegaba hasta la playa
donde ardían,
como ascuas, las vocales
del corazón,
donde el vuelo se desnuda
y su cuerpo se extiende sobre el aire
que respiramos,
junto a las olas
que alegres caracolean,
jugando a la comba con la espuma
de un mar
que rápido se precipita
como una llama,
para allanarle el rostro a la arena,
mientras los niños
aprenden la tabla de la suma,
y de la resta,
y aquélla que a coro cantaban
gritando,
la más sonora:
la de multiplicar.

Y las letras,
las que se casan por casarse
o por amor,
o las que sin aviso se divorcian
de la hache,
o por capricho se separan y cometen,

por errata,
delito gramatical.
O las que, pacientemente,
una a una,
se cosían con el hilo y la aguja
del saber,
creando así palabras,
sonidos para ese mundo mágico
de la poesía,
donde habita la alegría y el aroma
del amor.

Y ahora,
seriamente sentados,
en toscos bancos de madera,
silenciosos,
sin un gesto que delate
a la voz que a gritos, sin barreras,
quiere salir a rodar,
sin que nadie, bruscamente,
la silencie o la encarcele hasta hacerla
enmudecer;
y en el centro de la sala
una mesa desnuda,
y manchas alargadas de tinta
donde poder soñar;
y al fondo
los oscuros pupitres donde nacen
las planas,
la línea de la caligrafía,
con el rostro, por la tinta, embadurnado.

Luego haciendo corro,
alrededor de quien nos iba
tomando la lección. Y la palmeta
que subía lenta, como un globo,
para bajar como un rayo

sobre la palma de la mano
que enrojecía
de dolor.

Y más tarde los rezos,
el... Alabado sea el Santísimo...
y así, hasta el final,
para salir
bulliciosos, corriendo,
escaleras abajo,
hasta la calle, sin volver
la vista atrás,
en busca de los juegos, del mar,
y del cubo y la pala,
y la arena que levantábamos
con las manos, al sol.

Cuánta nitidez
en este retroceso hacia el pasado,
hacia el colegio, pequeño y humilde,
de las Nodas;
y a doña Lola, con su rostro
redondo,
rebotando bondad,
tras sus gafas,
con sus ojos sonrientes,
soñadores;
y a su hermana, doña Aurora,
más seca, más adusta,
que nos miraba con severidad,
siempre ocultando su cariño, su ternura,
para imponer orden a unos niños
que no eran niños,
sino pájaros que querían volar,
con la diablura en las alas,
y la risa
que de pronto escapaba sin que nadie
la pudiera encarcelar.

Cuántas horas aprendiendo
a desvestirnos de los años para volver
a soñar, seguir oyendo,
como entonces,
el ruido de las olas
rompiéndose en la orilla, tumbándose
en la arena,
esperando a nuestros juegos,
y a la vida que corría,
interminable,
hacia su libertad.

Para ellas, las Nodas,
quisiera que llegara, con mi corazón,
mi gratitud y afecto,
mi palabra emocionada, para quienes
me dieron lo mucho
que aprendí,
vuestro colegio, tantos años, en la playa
de Las Canteras, junto al mar
que tantas veces adormeció
con sus olas
los sueños, tan vivos y presentes,
de mi niñez.

TAFIRA ALTA

(narraciones)

A mis hijos Susana y José Alemán Suárez.





TORMENTA

(Tafira Alta-1931)

A mis hermanos Eduardo y Otilia Ley.

SE dobló de dolor
como si un rayo, de pronto,
le hubiera sacudido las entrañas.

Y el árbol
se agarró de todas sus ramas,
desesperado,
para no caer vencido por el viento
que corría, que erupujaba
montañas, y siglos
de encrespados cráteres,
y bosques,
hacia el agua que corría
impetuosa,
enturbecida por los barrancos
de la isla
que al cielo levantaba
sus ojos,
atormentados, pidiendo compasión,
en tanto el viento,
huracanado,
acuchillaba sin piedad
los jardines,

MAURIQUE

ALBERTO

T O R M E N T A

(Tafira Alta-1931)

A mis hermanos Eduardo y Otilia Ley.

SE dobló de dolor
como si un rayo, de pronto,
le hubiera sacudido las entrañas.

Y el árbol
se agarró de todas sus ramas,
desesperado,
para no caer vencido por el viento
que corría, que erupujaba
montañas, y siglos
de encrespados cráteres,
y bosques,
hacia el agua que corría
impetuosa,
enturbecida por los barrancos
de la isla
que al cielo levantaba
sus ojos,
atormentados, pidiendo compasión,
en tanto el viento,
huracanado,
acuchillaba sin piedad
los jardines,

las huertas, levantando,
haciendo volar techumbres, mientras,
los animales,
reventaban con sus gritos
los establos,
y los paraguas eran arrancados
de las manos de los campesinos
que volvían
la vista al cielo,
implorantes,
en tanto los truenos hacían trepidar
las paredes de la casa,
y los relámpagos
se adueñaban de la noche,
encendiéndola,
preñándola de luz,
enardeciendo a los gallos que erizaban
sus crestas,
que enrojecían para cantar
su miedo al alba
que aún no despertaba,
como si con el día fuera a venir,
iluminando la mañana,
la paz,
el sosiego de las horas.

Y arropados,
cubriéndonos hasta los ojos,
como si ocultos en la oscuridad
el cielo fuera
a calmar su furia,
así estábamos, cuando *Fermina*,
nuestra muchacha,
comenzó a gritar, y a correr
sembrando de locura la casa,
abriendo las ventanas,
desnudándolas a la ira

de los cielos,
culpando, desde allí,
con los brazos alzados,
arañándole la cara al viento
y a la noche,
a esos seres extraños
que volaban en círculo, y crecían
como encendidos remolinos
de lujuria,
que recorrían el campo,
y se iban lejos,
a las estancias oscuras del terror,
con las nubes,
a romperse en los truenos,
a vomitar aullidos,
rugientes arroyos...

Y la lluvia cayendo,
torrencial, a bandazos,
contra la tierra
que parecía hervir
salpicándole el rostro al aire,
cuando desperté,
envuelto entre sábanas, sudoroso,
pero feliz
de volver a estar
en la paz de esta noche,
liberado del miedo,
con las estrellas arriba,
parpadeantes,
tras los cristales de la ventana,
libre de los barrotes
que esclavizaban los sueños,
las pesadillas de la infancia,
abiertos los ojos
al claro amanecer,
donde los niños nacen,

y crecen,
y viven serenos junto a los días
que ven el sol,
la flor que ilumina la esperanza
que despierta la luz
de nuestro mundo
en paz,
todavía en el espacio
gravitando.

L A S B R U J A S

(Tafira Alta-1932)

A Nicolás Díaz-Saavedra de Morales.

CUANDO el fuego
se apaga tras las montañas,
llega la noche,
y vuelan las lechuzas,
con sus ojos saltando como gotas
de sangre endurecidas,
y los murciélagos revolotean
y giran,
y enloquecen dando vueltas
alrededor
de las luces.

Y lejos,
en la penumbra de los sueños,
los árboles parecen morir
en las más altas
paredes de los montes,
y se ocultan en la oscuridad
donde nada se escucha,
donde todo
se pierde en la solitaria razón
de los que han muerto,
encerrados en sus capas

de tierra,
en sus negras y toscas palabras
de madera.

Para que más allá,
junto a las nubes,
donde duermen los pájaros,
escuchemos
el lento respirar de las ramas,
y el ruido
de las hojas desprendidas,
cayendo,
una a una, de sus colores.

Y cómo la cálida
humedad de la noche penetra,
tan profunda,
desnudándose en las alcobas,
donde, arriba,
dicen que vuelan,
escapando a lo más alto del aire,
las brujas,
con sus negras siluetas recortando
el espacio,
con sus escobas
trazando diabólicos dibujos,
volando,
por encima de las casas,
sobre las solitarias copas
de los árboles,
donde se les encienden los ojos
a las esmeraldas,
y a la noche se le hunden las manos
en las tinieblas.

Mientras, abajo,
sobre la hierba quemada y oscura

de la tierra,
los eucaliptos bordean el camino,
y el cielo,
como una lámina de agua,
se posa
sobre los ojos del campo,
y las nubes
cuelgan
de las cuerdas del viento
la ropa puesta a secar
de sus voces,
sus dibujos tan blancos
y espectrales,
cuando la lluvia se desnuda
y el viento se la lleva
junto a las olas
perfumadas de los bosques,
donde aquellas brujas,
como sombras siniestras, aún me gritan,
las oigo cómo me increpan,
revoloteando,
bajo las pupilas encendidas
de las estrellas,
para recordar a Fermina,
aquella muchacha que nos dormía,
que nos contaba
cómo pasada la medianoche,
vinieron a despertarla,
arrojándole arena al rostro,
a puñados,
una y otra vez,
riéndose,
chillando como locas,
con sus gritos agudos, hirientes
como espinas
clavadas en su pecho,
rompiéndole a la oscuridad

la gran esclavitud de su silencio;
y cómo, más tarde,
la habían arrojado al vacío,
desde la azotea,
y por eso su figura estaba
contrahecha,
y sus piernas eran tan cortas,
y su cabeza se perdía,
y daba vueltas,
sin encontrarse, en la soledad
de los más largos caminos.

Cuando la fuimos a ver
estaba tras unas rejas, Fermina,
nuestra muchacha,
mirándonos fijamente,
queriéndonos contar de nuevo,
todavía,
sus delirios,
cómo la vida, a veces,
se le escapaba hacia una sima,
y movía los brazos,
como un pájaro abatido, desesperado,
para no caer
sobre la tierra,
volando,
montada en su escoba,
con sus sueños,
hacia la locura que por primera vez
se enfrentaba, sin piedad,
a nuestra razón.

LLUVIA

(Tafira Alta-1932)

A mis hermanos Totoyo y Margarita de la Peña.

ES triste
la tarde que se envuelve,
que se viste de lluvia,
que se arropa
en la manta temblorosa del frío;
donde el campo
parece dormir con los brazos
abiertos,
extendidos,
desgarrados entre la niebla,
su desesperanza.

Y las ramas de los árboles,
arriba,
cosiéndose al tramado
espeso y gris
del firmamento, donde está el cielo
bajando lentamente,
posándose suave sobre las viñas,
sobre las tejas
que brillan como flores de plata,
enrojecidas,
donde la lluvia menuda y fina,

racheada por los dedos del viento,
se desploma insistente.

Y las hojas
no cesan de humedecer la tierra
con sus lágrimas;
y la carretera de cubrirse
de lodo,
y de charcas,
y de huellas.

Y los cristales de las ventanas
a llenarse de ojos,
y de pájaros que miran
hacia el cielo
en busca de la palabra azul del día.

Lejana nos llega una voz;
la sentimos cómo cae
en la luz de nuestra sangre,
y cómo el viento se la lleva
para que dialogue con otras más distantes,
y parecen llegar a nosotros
a través del silencio
y su lejanía;
y suenan lentas, pesadas,
vestidas por el agua incesante
de la lluvia,
y entonces pensamos en nuestros días
de sol, en nuestros juegos,
y en los montes
que recorren el cielo, que se cubren
el cuerpo de rasgados,
enardecidos colores, más allá
de la isla;
y en los pinos que marchan
en caravana,

como peregrinos eternos,
hacia los lugares perdidos
en el espacio.

Y en los muros de piedra
donde se ocultan
y acechan los lagartos,
donde crecen los zarzales
preñados de moras.

Y los geranios
que colorean de alegría las orillas
del camino.

Y a nuestro padre
señalándonos con su bastón,
que apunta hacia lo alto,
el vuelo de un ave
que planea,
que, traicionera, se apoya
en las humildes palabras del aire,
para de pronto lanzarse,
como un rayo,
sobre la inocente presa
que se oculta
abajo,
donde habitan los cañaverales
de los barrancos.

Y corremos
saludando la canción interminable
de los pájaros,
y el vuelo
fugaz e indeciso
de las mariposas, igual
que nuestras vidas,
para que todo pase, como ayer,

y estar aquí, de nuevo,
contemplando
la lluvia, cómo cae tan lenta,
con cuánta tristeza
se derrama sobre la tierra,
cubriéndonos de líquidos zarpazos
el solar
de nuestros juegos,
aquí, tras los cristales de la ventana,
donde alzamos
la vista,
hacia el cielo,
esperando el milagro, la palabra
que rompa esta vidriera
cerrada de las nubes,
y penetre, radiante, el disparo
seco y azul
del sol,
abriéndonos las puertas,
una vez más,
al juego de la infancia,
y a la vida.

VUELTA DEL TRANVIA

(Tafira Alta-1932)

*A mis hermanos Sixto y Manolo,
en la memoria.*

UNA línea oscura de asfalto
se alarga junto al verde
y prodigioso mundo
de los altos eucaliptos,
que rompen
generosos sus ramas en las nubes,
y bordean con sus troncos
la carretera
que gira
redondeando la curva que se precipita
a la llamada Vuelta
del Tranvía,
por sus casas tan iguales, tan blancas
en hilera,
aplastadas como fichas sobre tierra;
casas como vagones
fantásticos de un tren;
que miran al frente, arriba,
hacia los montes que se elevan
y recortan contra el cielo
sus siluetas,
en esta mañana que huele
a hierba desnuda, humedecida;
y a humo de madera,

y a hojas secas, amontonadas,
ardiendo;
y a pájaros veloces que se ocultan
con el viento
entre las ramas ruidosas
de los arbustos;
y a campo,
y a soledad, a silencio,
donde están prendidos
los ojos de las nubes que se pierden,
se alejan
más allá de las estrellas.

Tras una ventana
se esconde el misterio del aroma
de una flor,
donde unos ojos oscuros
se asoman a la calle, se extienden
penetrantes,
como sombras profundas, ocultas
en el llanto de la noche,
tras un rostro cubierto
por el velo amarillo de la muerte,
alargado,
con el cabello
rodándole sobre los hombros,
sobre su pobre y descarnada figura.

Es Luisa, una muchacha
que ansiosa pide a la vida
que no la abandone
ahora que comienza a iniciar
su camino,
y mira hacia los montes en busca del aire,
con ansiedad,
queriendo echar afuera
el mal que la corroe, en este día

de sol,
cuando las niñas juegan en la acera
al tejo, y ríen y saltan
jubilosas,
mientras Luisa las contempla
con desconsuelo,
añorando sus años pasados,
cuando ella también corría por el campo
perseguida por las flores,
sin fatigarse,
sin que la rosa abierta de sus pulmones
la hundiese en el ahogo;
cuando sus piernas volaban
y se perdían soñando
hasta caer rendida
sobre la nube blanca que se amarraba
al cielo,
donde cogidas de la mano,
haciendo corro,
bailaban las ilusiones,
y los años felices,
ya perdidos de la infancia.

Y una mañana,
cuando la lluvia se pulveriza menuda
en los cristales,
y nos enturbia los ojos,
y el agua que cae se ensordece
en el aire,
y se hace gris y fría
como la mano que viene de la noche,
me contaron
que aquella madrugada
Luisa había muerto.

Siempre recordaré ese día,
y el solar abandonado,

cubierto de piedras, y de objetos
inservibles,
que estaba cercano a la Vuelta
del Tranvía,
porque allí vimos cómo ardían
el colchón, y la ropa de Luisa,
y blancas cajas de cartón
llenas de estampas,
las mismas que nosotros
coleccionábamos, figuras de actores
famosos del cine,
sembradas por la tierra,
revueltas,
movidas por el viento, volando,
como huyendo de las llamas,
y nos lanzamos a cogerlas,
cuando alguien, bruscamente, nos asió
del brazo
apartándonos de allí.

Por la tarde fue el entierro.
Aún suenan en mis oídos
los gritos
desgarrados de la madre: no te vayas,
Luisa, espérame.
Que no se la lleven...

Y así cientos de veces
aquella voz acuchillándole, haciéndole
sangrar el corazón
a la tarde.

Y la caja negra subiendo,
bajando,
balanceándose lenta, sobre los hombros;
alcjándose
carretera arriba,

con la voz de la madre que sin desmayo
la perseguía,
hasta por fin perderse,
más allá de la tarde,
donde la noche comienza a recostar
la rosa negra de sus labios
sobre la tierra.

Aquella noche
perdimos nuestros sueños en oscuras pesadillas,
en tumbas persiguiendo a viejos
cementerios,
saltando sobre sus tapias,
corriendo tras el brillo de las estrellas,
sembrando
de lágrimas los jardines del espacio,
invadidos por las hormigas,
en una ciudad
de negras y retorcidas cruces,
sin nombres,
de la muerte, clavándonos
en nuestra huida, astillas de ataúdes
en los pies,
en busca de la luz y del sosiego,
con la esperanza de ver
de nuevo al sol
amaneciendo, alegres; y despertar
abriéndonos como una luz
las olas de nuestras manos,
volcadas,
abiertas al amor
que a gritos nos pedía, en paz,
la flor
de nuestra vida.

Y amaneció.
No llovía. Nuestros juegos,

como siempre, bajo los altos eucaliptos,
esperaban.

Y Luisa quedó atrás,
como un mal sueño,
sola, olvidada.

EL LENTO
Y MARAVILLOSO MUNDO
DE LA POESIA

A mis hijos Alejandro y Lucrecia Domínguez Benítez.



MEMORIA DE
ALBERTO MARIÁ Y CA
DE LA UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

ALBERTO
MARIÁ Y CA



CREACION

A *Martín Chirino.*

I

VINISTE
como el aire, como la espada
del río hiriéndonos los ojos,
a iluminar
el prodigioso mundo
de los seres que sueñan,
del movimiento ondulado de las flores,
de la lluvia
que viene volando de la mano
del viento,
hacia los siglos,
hacia las imposibles horas
donde se oculta
el tiempo inexistente,
hacia los árboles creciendo
con sus brazos
de llanto cubiertos de esmeralda.

De la más humilde semilla
tú viniste
para crecer bajo la tierra,
allí,
donde la oscuridad

CREACION

A Martín Chirino.

I

VINISTE
como el aire, como la espada
del río hiriéndonos los ojos,
a iluminar
el prodigioso mundo
de los seres que sueñan,
del movimiento ondulado de las flores,
de la lluvia
que viene volando de la mano
del viento,
hacia los siglos,
hacia las imposibles horas
donde se oculta
el tiempo inexistente,
hacia los árboles creciendo
con sus brazos
de llanto cubiertos de esmeralda.

De la más humilde semilla
tú viniste
para crecer bajo la tierra,
allí,
donde la oscuridad

se palpa,
donde escuchamos latir
el corazón de la piedra,
y se desgarran
los surcos para ver crecer los tallos
de la primera luz
del día,
de la extensión infinita de los mares,
donde habitan
las transparentes luces
del firmamento,
del milagro, de la creatividad,
de las cosas más humildes,
de la generosa grandeza,
del nacimiento
profundo del amor,
del más hondo y fértil jardín
de la palabra,
viniste,
para que no se perdiera el pequeño
y sublime instante
de la creación.

II

Tendidos,
sobre la piel oscura de la tarde,
atentos a la maravilla
donde cantan otros mundos,
soñando,
arrojándonos al vacío,
para allí escuchar
las huellas
donde se sepultan las simas
de los cráteres,
para sentir adentro, en el alma,

con cuánto dolor
están creciendo las piedras
que arrojan
sus voces, como antorchas encendidas,
al espacio,
hasta el fin de los siglos,
y cómo el corazón
se va a latir a lo más hondo
de las entrañas del tiempo,
y cómo se clavan los dedos en el infinito,
y se desgarran las blancas heridas
de las nubes
que huyen volando,
como gigantescas mariposas,
a ciegas,
indecisas,
como nuestros pensamientos
que giran
alrededor de los sueños,
mientras el mundo
se oscurece,
y la creación se cubre
de negros besos,
para entonces despertar
y volver a las montañas que se desnudan
ante los ojos de la noche,
arrastrando largas túnicas
tejidas por los cielos,
que rompen con sus voces
la aparición
de la aurora,
con ojos tan extensos y profundos
como lagos,
como espejos de agua que nos miran,
que penetran,
para hundirnos en el infierno azul
de las hogueras del espacio,

donde ahora contemplamos el vuelo de la lluvia
redondeando los montes de silencio,
y su cuerpo brotando
del oro que encierro entre las manos,
donde crecen las raíces
tan hondas
del árbol que vivimos,
emergiendo de las aguas
donde comienzan
los jardines a flotar en nuestros ojos,
y el mar a rodearnos,
a crecernos en el cuerpo,
a unirnos,
enlazarnos en el amor,
como una ola de luz
y de paz.

PAJAROS DEL ALBA

A Joaquín Artilés.

VIENEN lentas, desnudas,
las ramas pesadas, extendidas
como nubes,
como inmensas bandadas de hojas,
como pájaros volando
hacia los sueños,
hasta perderse en el océano
de las olas
del firmamento,
donde construyo con las manos del aire
este camino sin fin
de la memoria,
donde se arrastran las estrellas,
las palabras
que del vuelo se levantan,
donde se derrumban las sombras,
los extraños objetos,
donde las luces se ocultan
en las más altas cordilleras del cosmos,
donde se vuelcan
y se derraman generosos
los grandes y transparentes cubos
de la vía láctea
sobre la negra pizarra de las aulas
del cielo,

donde los números
se borran con la esponja humedecida
por el tiempo,
y una mancha blanca, lechosa,
recorre el firmamento,
se extiende como el mar que se recuesta
blandamente sobre la orilla
de la playa,
cuando las raíces de la vida
comienzan a crecer
en el cuerpo, a clavarse en los brazos,
en sus dolientes miserias,
a tejerse en los ojos el rodar
encendido, lacerante
de los caminos,
donde sangran los ríos,
y se alargan
colgándose de sus desgarradas riberas,
de sus arbolados hombros,
hasta llegar rendidos al mar,
a fundirse en sus lágrimas,
mezclarse en la bravura
que torpe cabecea, una y otra vez,
contra las costas.

Y allí, junto a los grandes
pájaros que se sumergen en el alba,
estaremos elevando
las alas,
para volar junto a la espuma
encendida de los vientos que persiguen
a los jardines que se abren
jubilosos en el alma,
perdidos en la niebla de los siglos,
donde aún escucha la sangre
cómo hierve la piedra,
y estallan los cráteres,

y saltan contra el espacio
millones de palabras,
de estrellas y flores, para crear
el lento y maravilloso mundo
de la poesía.

LA PAZ Y LA VIDA

A Pino Ojeda.

PALPO la luz
que de los altos acantilados
desciende y acuchilla
la deformada sombra de los objetos.

Que se repliega y se oculta
en sus ángulos,
o en el espejo que se rompe
contra el más perfecto equilibrio
de la vida.

Donde se recose,
con los hilos de la palabra,
la tela oscura donde se tejen las raíces
que se ahondan en la tierra,
donde la sublimidad
de las hojas de los árboles
se encrespan,
se agigantan, y a grandes empujones
se elevan hacia la verde
y tierna sonrisa,
donde habitan los ojos del río
que clava sus espuelas
en las riberas azules del aire.

Donde se hunde el tiempo
y se desintegran
las horas que soñando vivimos,
y penetra la mano
en la sangrante aurora que se extiende
hasta la orilla,
de esa luz que grita
hasta enronquecer,
durante las horas que se consumen
devoradas por los segundos
del día,
hasta que viene la noche
con sus enormes pies de tierra
pisoteando los años,
aplastándole los párpados
a la muerte,
la que ahora enmudece
tras las oscuras tapias de los cementerios
que se hunden en el silencio,
en el ahogo
de los negros y astillados ataúdes,
donde luchan,
retorcidas por la noche,
las pesadillas.

Donde el equilibrio de la vida
se pierde,
y la razón se rinde,
y recuesta su cabeza
sobre las piedras del camino.

Donde la llave del mar
cierra sus puertas a la tormenta,
la que empujaba
con su locura al cielo,
hacia el infinito oleaje de la nada,
sobre este mundo

que aún gira en el cosmos,
y se pierde fugaz, como la luz,
en el agujero negro
de los siglos,
para un día tornar
de la mano de la historia,
prendido de la cola luminosa de un cometa,
encendiendo los ojos,
para que los sueños penetren
hasta la raíz profunda y sonora
de la palabra.

Y la música,
y los bosques enloquecidos de pasión
dancen frenéticos en el espacio,
y el campo
irrepetible de la flor del firmamento,
vuelva a la poesía,
a su punto de luz, a su principio
y fin, donde el aroma
sea el eterno camino que nos lleve
de la mano al amor,
donde tiene su casa la paz
y la vida.

PEZ

A Leopoldo de Luis.

UNA hoja,
una sombra de fuego, una pluma
veloz agujereando el sonido,
un relámpago,
un machete en llamas,
cortante,
como un río, como un zarpazo
de luz,
se desliza y se enhebra como un hilo
por el ojo
de la aguja del agua,
y planea sobre el sueño una flor
desprendida del cosmos,
y se clava en el cristal, y dora
con su cuerpo la alegría,
el pez,
que rápido se mueve como el tiempo,
y brilla dentro de la aurora
que rodea a la pecera,
y huye, escapa como un rayo
de sol,
como una línea
quemándose en las ondas
que saltan

y danzan, con su lenta,
florecida
y abanicada cola,
que aroma de burbujas
la estancia transparente de la plata;
y abre y cierra
la boca, lento, el pez
que jadea, y sube y baja,
y le habla al silencio con la voz
de la noche,
donde un mundo de murmullos se extiende,
se aligera como el aire
que se viste de vuelo y poesía;
y el oro de su piel
se dispara,
hace un quiebro,
y esquivada hasta la luz,
y se oculta
tras las nubes donde habitan
los ojos, los jardines del misterio,
junto al haz en flor
de este mundo de paz, el pez
que acompaña mis horas,
que me viste los días de fugaces
palabras,
lo que dura la vida,
su tiempo,
un minúsculo segundo de la nada,
en dictarme las páginas
que escribo,
que saco de la mano a la calle,
a pasear,
junto al encierro que a diario
invito a vivir,
como al pez, a este juego inocente
del soñar.

PAJAROS

A Alfonso Armas Ayala.

CUERPOS de diminutos,
fugaces nombres,
de sombras sin aliento, que escapan,
desoidos del aire,
cubiertos de plumas, bañados
por el oro de la aurora,
deliciosos alados de la tierra,
que se llenan de vuelos,
de cantos
y palabras, y viven
entre rejas
de plateado alambre,
de sueño y diluviente poesía.

Que les cantan al sol,
que se enamoran del alba, y penetran
como un río
en los campos del aire,
y se iluminan de lluvias, de flores
y jardines;
y añoranzas,
y de bosques inmensos
trepando hacia los cielos,
clavando sus verdes,
sensibles y afilados pinceles

en las nubes,
que gritan, y cantan,
y se atormentan,
y se duelen, y se tumban
sobre el aire, y despiertan,
y recuerdan que un día fueron libres,
alados propietarios del silencio,
de las torres
azules que crecían en las cimas
de los cráteres,
con sus trinos, sus voces,
deliciosamente extrañas, incomprendidas,
donde sólo sueñan los poetas
con la música cosida a su entramado,
donde se hilvanan
los tiempos,
los recuerdos, el pasado.

Pájaros, estallidos de espuma,
amarillas burbujas,
desnudos disparos cubiertos
por sus plumas,
hoy cautivos, cuando el aire
es de todos,
no de los tristes, los inútiles
carceleros del canto.

Ay, los presos, los enjaulados,
pero siempre libres,
abiertos,
sublimes sueños,
raíces eternas del espacio.

LA MAQUINA DE ESCRIBIR

*A Rita y Rafael Roca Suárez,
y a sus hijos Elva y Rafael.*

ESTA mañana,
cuando todo parece igual que ayer,
bajo el rumor constante
de la calle,
con sus ruidosos motores siempre a cuestas
de la paciencia del aire,
cuando el sol,
tras los cristales penetra y se posa
con suavidad sobre mi cuerpo,
y un avión ensordece
de pronto la lejanía del cielo,
yo me siento ante ella,
como todos los días, frente a la fiesta
de sus sonidos,
de su mágico vocabulario,
para buscar en sus ojos cientos de miles
de sílabas,
para llenarlos de música,
para que rueden como olas entre mis manos,
hasta la creación sublime
de las palabras,
aquí, frente a esta máquina
donde escribo,
que paciente espera a que mis dedos

se aplasten contra sus signos,
y el carro comience a andar,
a avanzar dando saltos y gritos,
para darle vida al papel,
y luego se deleite escuchando
cómo se le llena de melodías la blancura
del espacio,
donde se extiende la poesía,
como la nieve
recién caída sobre la pureza infinita
del pensamiento,
hundiendo en sus entrañas,
hasta herirlas,
las tímidas vocales
que se van del brazo con las consonantes
para construir las paredes
donde crecen
los grandes edificios del lenguaje.

Aquí, frente a sus viejas
y amadas teclas,
cuando tanto nos queda aún por contar,
cuando la aguja se ha clavado
en la hora exacta
de mi tiempo, y la muerte
está en la voz que se pierde
en tantos sueños,
con mi amada y mis hijos,
para estar juntos, atentos a los segundos
que un día se romperán,
cuando la luz se apague en el silencio,
y los ojos se hundan
en la buena voluntad de las tinieblas,
y su cuerpo me empuje
con sus manos vestidas de negro,
hacia la noche,
para que así vuelva la paz

a esta casa,
y la vida continúe su camino
llena de luz y alegría,
y la esperanza
regrese, la que ahora escribo,
sobre esta vieja
y amada máquina, cuando todavía
una luz me aguarda
para iluminar, una vez más,
sobre su pobre esqueleto, la historia
que aún me queda
por contarle a sus palabras.

IMAGEN REPETIDA

A Manuel González Sosa.

TRAS la oculta
y viva transparencia del cristal,
junto a la luz que emerge
de las raíces
profundas de la tierra,
en el corazón
humilde de las flores,
donde habitan los minúsculos ojos
de los pájaros,
allí, bajo el hervor
de la piedra donde gimen
los cráteres,
creciendo están las horas de la vida,
el fuego que se cubre
de lenguas sobre campos furiosos
de amapolas, allí,
en la más entrañable y oscura
palabra,
donde habitan las ramas del lenguaje,
y el silencio está vivo
y se nos rompe en los labios
este empujón de voces
que se arrojan contra los hombros
del aire,
donde estallan los siglos,

y los espejos
se reflejan en la misma imagen
de la vida,
para volver a regresar a los años
de la infancia,
para correr las horas veloces
de los días
que fueron camino y dieron paz
y nombre a la escritura
que hoy me cerca de sílabas
los recuerdos
que vallan la palabra
del cielo que rodea el pasado,
donde siempre
jugábamos a ser
elevación sublime de los sueños,
donde el espacio
era un punto de luz
en la inmensa,
radiante
y repetida palabra de la vida.

N A D A

A Amparo y Manuel Morales Ramos.

NI flores,
ni tiempo, ni pájaros...

Ni un mar
de esperanza que cubra de alas
la casa
de la vida.

Ni una mano de estrellas
volando hacia las nubes,
ni una luz salvadora
junto al hervor fulgurante
de las aguas
que a ciegas nos rodea.

Ni una sombra de cielo
elevándose desnuda
hacia la paz.
Ni una mano desprendiendo
del espacio el aroma encendido
de una flor.

Ni el vuelco de una ola,
ni la furia del agua
allanándose

sobre la playa tendida,
sobre el templado sosiego
de la arena.

Ni nada,
cuando todo en este día
empuja a la sangre a crecer
como una rosa,
para que nos llene de ojos,
y de besos
el silencio.

Ni gigantescas montañas dibujando
con flores
las sílabas de la geografía.

Ni blancas,
ni soñadas, sublimes palomas
volando hacia los labios
de la tarde.
Ni campos que se quiebran
como tallos,
sobre la blanda palabra
de la tierra.

Ni el volar
como un río de nubes,
de países
sembrando sus colores
por los días del cielo.

Ni el medir con los brazos
el gran descubrimiento
de la alegría.

Ni el árbol
que se ahorca en la cuneta
del camino.

Ni un mal sueño, ni un trago
de veneno
en el fondo más negro del bolsillo.

Ni un perro
ladrándole a la lluvia
hasta el cansancio.

Ni una luz,
ni un rayo de luna y esmeralda
en las profundas
heridas de los bosques,
donde se aroma y se pierde
en los brazos del sueño
la noche.

Ni nada que nos crezca en los labios
con dulzura.
Ni una muchacha vestida
de versos
y jardines. Ni una voz
que nos diga:
soy una sola palabra,
la última,
la que cerrará de una vez
para siempre
los párpados al día, con la venda
más pura del lenguaje.

Ni las olas del mar,
ni los pájaros, ni las flores,
ni el tiempo,
ni nada. Ni la sola sombra azul
del día,
asomada al viento,
al vuelo hecho luz de la poesía.

Ni el dolor que se ignora.
Ni la lluvia
que se prende en los ojos ocultos
de la aurora.

Ni escritos,
ni canciones, ni libros
deshojando la mesa con sus alas.

Ni ventanas abiertas
cubriendo de palabras los cristales
del cielo.

Ni voces poblándose
de risas,
ni el oscuro y amoroso
temblor estremecido de dos cuerpos
serán nada.

Ni días.
Ni árboles que se amen,
que ocultos
se desnuden cuando la luz
de la vida
los traspase.

Ni esperanza
de romper esta pesadilla que encarcela
las horas de mis sueños,
porque ahora
tan sólo soy, en este día,
nada.

EL CERCO

A Josefina y Manuel Padorno.

EN este campo
cercado por los muros de la muerte,
donde palpita una larga
y sedienta sombra agonizante,
un nicho,
un solitario rostro de cal y cemento,
por la oscuridad tapiado,
por los pasos del tiempo, por la palabra
de los amigos
que soñando me habitan,
junto a otros nombres amados,
recuerdos que ahora escapan,
que se pierden,
se alejan junto a las voces
que huyen del cerebro,
cuando no alcanzo a ver la luz,
y el cansancio me vence,
me conduce al vacío,
donde establezco contactos
con otros seres que me relatan
su muerte
con palabras arrancadas
a la noche,
cuando lejana está en vilo, flotando,
la flor del cielo,

las transparentes, rodantes cifras
de las nubes,
donde están tensas,
suspendidas, las cuerdas del aire
al firmamento,
cuando se amarran las olas
a su juego de luces, al sonoro
y crepitante oleaje del mar,
cubriendo de piedras y sonidos lejanos
las playas ardientes
de mi niñez,
en este insomnio
bañado por las húmedas,
enternecidas paredes del viento,
cuando escucho una voz,
una ventana que se abre golpeando
mi paz,
salpicando mi rostro con las flores
del sueño, con piedras
y palabras de negras cicatrices,
en este cementerio
que abre a mi cerebro sus puertas,
sus ocultas, pesadas manos
de tierra y jardines,
de tumbas con ojos que brillan,
donde se agrupan
cuerpos de negra madera corrompida,
de barro y polvo,
seres de otros tiempos sepultos
en los siglos,
cuando fueron condenados a gemir
en el olvido,
familiares cubiertos
de lágrimas,
de funerarios y tristes cirios,
de oscuros,
censurados papeles, suplicantes esquelas,

trozos escritos,
envejecidos
por la insistente lluvia de los años,
por sus largos inviernos,
cuando el niño que vivo y me quema
toca mi mano,
la oprime con el aire helado
de su lejanía,
y me pregunta a qué he venido,
qué deseo,
y me callo, y me envuelvo en la bruma
del camino,
en la sombra del pasado,
y escapo hacia el mar,
como un rayo de luz hacia la hoguera
creciente y sublime de la aurora,
y siento miedo
porque aún escucho
cómo todavía me persiguen los latidos
de aquella voz que un día
se me fue de los ojos,
que insiste y me acosa y me pregunta
por sus juegos,
por su desnuda alegría,
por el aire donde se perdió la noche
que penetraba hasta herirme
con recuerdos,
por el filo de la luz donde nació
el equilibrio de la existencia,
por el tiempo
donde se alojaron las horas,
donde siempre una llama palpitante
fue la vida,
camino del colegio,
de la flor sonora de las campanas,
perdido en los jardines
donde ahora se ocultan los ojos

tan claros del presente,
sobre el frágil y solitario lecho
donde nacen
y mueren las huellas que vivieron
junto a los años perdidos,
los que aún me preguntan
por qué están cerradas las puertas
de la infancia,
que insisten reclamando sus días,
en este campo
de mi cuerpo cercado por los muros
de la muerte.

PIEDRA

A Araceli y Julio Barry Rodríguez.

PARTICULA,
burbuja de lava, estática,
inexpresiva sombra de sol y mediodía,
clavada en el silencio estrecho
de la calle,
en el asombro, el mutismo;
en el miedo
a la soledad, piedra,
mágica astilla de planeta,
hueso minúsculo de monte, ahí estás,
inmóvil,
ocultando tu fuerza,
tras las rejas del misterio,
tras los muros del aire,
tú, empujón endurecido de la tierra,
con tu pequeña
y rota historia, tu palabra
de rabia
y certera puntería,
sombra desnuda, temerosa,
inquieta,
con tu rostro de cielo mirando
con desconsuelo a las nubes,
a los pájaros
donde el aire se enciende de vuelo

y mariposas,
desde tu estancia de barro,
tu hueco humilde,
tu atalaya,
donde observas el paso de la vida,
piedra, relámpago gris,
ciudadana
del tiempo, estás ahí, vigilante,
tú, que fuiste arrancada
de la mano estelar del firmamento,
que llegaste
redonda y azul del mar,
de la montaña,
de las ruinas de un templo,
de los escombros
de una casa,
donde un día fuiste camino,
pared,
soledad,
pequeña sombra en el desierto,
piedra, piedra
de muro de prisión, de nicho,
piedra oscura,
diminuta palabra, sola,
desnuda, infinita en los labios
que besaban
las esquinas del agua de un estanque,
trozo de mundo, de estrella,
de hoguera y frío,
esperando
quién a la vida, de nuevo,
te rescate.

LA PALABRA

A Justo Jorge Padrón

ESTANCIA de las sílabas,
llanto vivo y alegre
del sonido,
claustro de flores y campanas,
disparo y grito de la breve y sorprendida
rebelión de los signos,
donde nace
la rosa sublime de la luz.

Palabra,
ola de paz oculta
en la trama ordenada de las letras,
resplandeciente sendero
donde palpita
la vida, ese fugaz relámpago
del vuelo.

Partícula
transparente y viva de los sonidos,
prendida de las alas
que huyen hacia la atmósfera,
junto a las horas
que avanzan hacia la altura,
hacia las gozosas
cordilleras azules del espacio,

donde el silencio se palpa
y se escucha.

Donde las altas y generosas,
selectas sílabas del idioma,
se cuelgan
de las nubes, y despeñan
sus desgarrados aromas sobre las hojas
del cielo,
y el aire, entonces, se cubre de letras,
extiende sus capítulos alados,
como llama elevándose
hacia la hoguera flor de su alma,
para escribir el fin
de la noche
que se derrumba en silencio,
sobre el sol,
para que la tarde se hunda
lenta,
muy lenta en el mar.

Palabra,
punto y color de la línea
que irradia en la arquitectura
del alba,
esperanza perdida
junto a ese grano de oro
que se busca
en el sonoro vocabulario
de los libros,
donde nacen los versos, la poesía,
las páginas escritas
sobre los ojos abiertos del tiempo,
para escuchar
cómo ruedan los siglos
penetrando en los más negros
cataclismos de la nada,

donde habitan los astros,
donde crecen los ojos diminutos
del segundo,
donde vuelan sorprendidas las alas
de los pájaros,
hacia esa sombra levísima
que se pierde
en la pronunciación más breve de las sílabas,
allí, donde la narración
se envuelve en la palabra de las cosas,
y en la ondulante cintura del aire
se dibujan los labios,
el color de la rosa
que a punto está de inventar
de nuevo la belleza,
su diminuta
y frágil alegría,
junto a la sorprendente
y enloquecida palabra, sobria, limpia,
prematura y sublime,
donde vive
y sueña la creación.

GENESIS

A César Manrique.

SE alzó de pronto,
como una ola de luz sobre la noche,
como un puño atormentado,
del más hondo
suplicio de la tierra,
el volcán,
la rebelión sublime
de la más negra escritura de los infiernos,
donde habitan
las entrañas de la vida,
sus descuartizados miembros
de piedra retorcida,
donde se funden los ríos de la ira
y del fuego,
arrasando los campos,
asolando con su voz las oscuras venas
donde sangran los sueños
sus pesadillas,
sus alaridos de sucio y ennegrecido
polvo, la cenagosa ceguera
del rugir
de los cráteres,
hacia la violencia a gritos de la lava,
donde crecen los ojos
de las islas,

como gigantescas rosas de piedra
sobre el mar,
cuando a llantos las aguas
entre las grietas de los montes se derraman,
se hunden en los precipicios
de las cataratas,
y extienden, encendidas, sus olas
al espacio
que flota inmóvil, como un globo azul
entre la furia desgarrada
de las nubes,
junto a la negra y hermosa,
deslumbrante
tormenta de la noche,
donde la eterna oscuridad de los silencios
se avalanza,
y se hunde en los brazos
de la muerte,
junto al callar infinito del firmamento,
cuando están creciendo,
arriba,
las islas,
emergiendo de las simas profundas
del océano,
entre lluvias de arena hirviente,
entre arroyos
de líquidas lavas,
en confuso desorden, para luego,
cuando arranque del horizonte el amanecer,
vuelva a levantar
la paz
sus manos a la vida.
a tenderse sobre el cuerpo caliente
de las playas;
y las raíces del aire
a unir sus dedos a estos versos
escritos en el alba,

a adueñarse de las ramas del cielo,
creciendo,
a lágrimas, a gritos,
llenos de verde lujuria,
a los inmensos desiertos de las hojas,
junto a la vertiginosa lucha
de los árboles
que crecen encolerizados,
por encima
de la disciplina de los montes,
donde la vida se contempla en su propia
creación,
y los mares clavan sus ojos
en el cielo,
una vez más,
para confundirlos en el asombro
del infinito,
en el brillo eterno de los siglos,
donde arden las estrellas,
y el vuelo
es como una flor,
como una gigantesca mariposa
cubriendo de luz,
de inmensa y generosa paz,
el universo.

EL GLOBO

A Andrés Hernández Navarro.

GLOBO,
redondo aroma enamorado
de las nubes,
círculo,
palabra de humo entre los dedos
del niño,
sujeto por la breve
y afilada
voz del aire,
por el hilo invisible de la vida
que eleva,
que extiende la espiral
de su sonrisa al firmamento,
al ojo penetrante
que viste de un azul enardecido,
burbuja,
rosa envuelta por la atmósfera
del agua encinta,
transparente,
plácida, desnuda piel alada
de la luna,
que se eleva y descubre,
dibujando,
la silueta de las horas que relatan
la historia
viva

de los sueños,
las transparentes sombras de la noche,
donde se pierden los años,
las ilusiones,
donde aún duerme la infancia,
y se amarran a las olas del recuerdo,
donde vive y late
la esperanza que se oculta en el corazón
de la luz,
dentro de la más pura
y sublime elevación del alma,
hacia el misterio,
hacia la eterna
flor
que se nos escapa de la mano,
de la onda que sube,
que sube
y se esfuma como un punto
en el horizonte,
más allá del silencio,
hacia el mundo perdido,
donde a diario se crea la poesía,
y crece,
crece el globo que se pierde
como una llamarada,
redondo,
hacia la rosa infinita del abismo
y del vértigo,
donde estalla como una luz,
desesperada,
la ola
incontrolable
de la imaginación.

LA FLOR

A Amalia y Carlos Bosch Millares.

SER testigo
del nacimiento de la rosa,
de su gozoso y palpitante vuelo estelar,
de sus colores,
del sueño que abanica su inocencia,
del sigiloso llanto
enamorado
de su olorosa arrogancia.

Escuchando cómo crecen, agrupándose,
las hojas
alrededor de sus erizadas,
espinosas ramas.

Cómo se envuelve
de música la mano que dibuja
con ternura su cuerpo.

Cómo se abraza
al vuelo,
al humo,
al aroma donde se desnudan los jardines,
y surge deshojándose,
radiante,
la luz, solemne,

junto al preciso instante
del alegre colorido que emerge
de los párpados del aire,
junto a la diminuta y sorprendente
semilla que eleva
a los cielos
el limpio crecimiento de su ondulante
belleza,
donde lenta se esponja la hermosura
de su tallo,
donde se están desvistiendo,
detrás de las voces que nacen
de la oscura lejanía,
los montes que trepan radiantes al espacio,
bostezando las verdes,
las serenas,
pulidas armonías de las huertas
que generosas se derraman,
extendiéndose
a lo largo de sus inmensas
y cálidas curvas,
cuando la tarde se precipita
sobre los torturantes
riscos,
aquellos que a pedazos se derrumban
hasta los más hondos
barrancos,
enredándose entre los brazos
de los cañaverales,
donde hierve la carne apasionada
de la vida,
la que se asoma al mundo
llena de amor,
para ver florecer
de los ojos del aire el milagro
sublime
de la creación,

el orden prodigioso de las aguas
rodeando a la isla,
a sus minúsculas, frágiles
y redondas formas,
donde esa flor nace y despereza
sus miembros,
y bosteza
extendiendo su perfume, su abrazo
de luz,
por las sedientas llanuras de la tierra,
donde enmudece el segundo,
y el cielo, como un milagro de amor,
se refleja en el mar,
y entre los dedos, en vilo,
queda la rosa,
aspirando el breve
y sublime instante del nacimiento
de su belleza.

P A Z

*A Virginia y José Antonio
Bueno Blanco.*

SE abrió como una flor,
como una luz
hecha una llama en la perdida
soledad
del firmamento,
la plaza de la paz,
abierta,
sublime hacia los cielos,
como una lámina
infinita
rodando su llanura por las aguas,
como una
laguna nevada de palomas,
donde las naves del sueño creaban
el prodigio del cosmos,
surcando
los jardines del espacio,
las estrellas,
y los versos donde se mecía
el júbilo del aire,
y la viva sonrisa de las alas
sobre las frágiles voces
del vuelo
de una pluma.

Allí,
donde la palabra crecía y se adueñaba
del tráfico sonoro
de la poesía,
junto a la voz que sembraba
su esperanza
en la corriente del río,
junto a las nubes
que apuntalaban con sus ojos
la casa en paz del cielo,
elevando las paredes
del futuro.

Allí,
donde el aroma corría despeñándose
desnudo
por los campos,
y la vida, entonces, volaba,
volaba
como una mariposa
sobre el tembloroso pulso de la espuma,
que rizaba sus cenizas
en las crestas
airadas de las olas,
sobre el incendio luminoso
de las aguas,
donde la paz se cubría de aladas
superficies,
de distendidos,
apresurados pájaros lloviendo
por entre las ramas
de los árboles,
cantando,
rompiendo sus cántaros dorados
por la miel de sus trinos,
sobre las verdes
praderas de la tarde,

junto a este día que rueda
hacia las horas
que se hunden lentas
en el horizonte,
hasta perderse en la oscura y espesa
arboleda
de los sueños,
junto a la luz que ahora duerme
en mis ojos,
en mi cuerpo, mi canto,
donde habitó el silencio, y la magia
sonora de las aves
que extendían con sus plumas
el vuelo,
el movimiento de la voz
breve y vigilante,
preciso
de la paz.

SUBLIME INICIACION

A Pino Betancor.

COMO ramas de fuego
comienzan a rodar tras los cristales
las horas donde habitan
los sueños,
donde se inicia el incendio,
el prodigio
de las hojas,
con sus verdes,
diminutas manos, alegres
elevando sus destellos,
sus temblorosos, parpadeantes
movimientos.

Y así el despertar
jubiloso del día que penetró
volcándose,
como una lluvia de luces,
sobre el piso de la alcoba,
tendiéndose
a los pies de mis recuerdos,
cubriéndome con el traje
que amanecía
en mi palabra,
donde vuelvo a estar rodando,
como ayer,

en la memoria de los años,
abriéndome los ojos
a las páginas del tiempo,
donde quedó impresa
la mañana
que me trajo la luz, el nacimiento,
la súbita aparición
de otras tierras lejanas,
la negra catarata
de tu pelo,
que se tendió como un mar
sobre tu cuerpo,
aquel que se rompió,
de pronto,
cubriéndote de un salto, la cintura;
y los blancos portales
abiertos de tu sonrisa, porque allí
estaba, donde se llenan
de flores
las paredes desnudas del camino,
el amor.

Y crecían, a lo lejos,
y escapaban,
envueltas en la niebla
de los cielos,
ante mis ojos, las montañas,
con sus nubes,
volando hacia la música
que escuchamos oculta entre las ramas
de los árboles,
y las horas
cerrándose en la tarde,
oscureciéndose
en el andar sonoro de tus piernas,
y *en mis manos,*
el fuego derretido

de la luna dormitando
sobre tus senos,
donde las ramas ocultan,
junto a la rebelión de sus llantos,
la pasión,
sobre los céspedes planchados
de ternura,
los salvajes remolinos
que corrían por mis dedos,
y las voces amorosas
donde levantan los infiernos
su locura,
y entonces nos elevamos
al más limpio
y transparente de los mundos,
donde se queman los besos,
y se cierran todas las puertas del cielo
al despertar,
para ser en tus labios,
en busca del tormento que aprisiono,
el más doliente y sublime
milagroso equilibrio
del aire,
sobre el abismo del tiempo,
cuando el campo se oscurece
ante la noche,
y se cubren de cenizas los espacios
ocultos en tu cuerpo,
en medio de este caos que cubro
de palabras,
y te elevo hasta mis ojos
que mueren
en los tuyos, y me adueño
del amor
donde despierta
tu voz insegura, en este día,
que incendio con la plata

de mis manos,
cuando te descubrí, radiante,
en el centro de este cráter,
donde vivo,
como el esplendor del fuego,
donde la iniciación
sublime
del amor afloró como un bosque,
sobre las hojas
más altas, a gritos,
de la más honda alegría
del primer conocimiento
que tuvimos...

Y tu tierra, tan lejana,
se hizo una sola
casa, bajo el techo de los años,
del amor,
de los hijos,
la música, el dibujo,
la palabra.

INDICE
EN LAS MANOS DEL AIRE
(Vegueta y otros sueños)

	Págs.
INTRODUCCION	5
VEGUETA	11
1. Amanecer	13
2. Mediodía	19
3. Atardecer	25
4. Callejón de la Gloria	29
5. El Abuelo	33
6. La Vieja Carbonera	39
7. Plaza de Santa Ana	43
8. La Alameda	49
9. La Casa Vacía	53
10. Arrorró	57
11. Vegueta	61
PLAYA DE LAS CANTERAS	67
1. Verano	69
2. Invierno	73
3. Bajamar	77
4. Colegio de Nodas	81

	<u>Págs.</u>
TAFIRA ALTA	87
1. Tormenta	89
2. Las Brujas	93
3. Lluvia	97
4. Vuelta del Tranvía	101
EL LENTO Y MARAVILLOSO MUNDO DE LA POESIA ...	107
1. Creación	109
2. Pájaros del alba	113
3. La paz y la vida	117
4. Pez	121
5. Pájaros	123
6. La máquina de escribir	125
7. Imagen repetida	129
8. Nada	131
9. El cerco	135
10. Piedra	139
11. La palabra	141
12. Génesis	145
13. El globo	149
14. La flor	151
15. Paz	155
16. Sublime iniciación	159

REAL SOCIEDAD ECONOMICA DE AMIGOS DEL PAIS
DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

Publicaciones

1. JOSÉ DE VIERA Y CLAVIJO: *Extracto de las Actas de la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Las Palmas (1777-1790)*.
2. JOSÉ RAFAEL: *Y yo escogí la palabra* (poesía).
3. JOSÉ JUAN OJEDA QUINTANA: *La Hacienda en Canarias desde 1800 a 1927*.
4. ANDRÉS HERNÁNDEZ NAVARRO: *Proceso a las ideas* (ensayos).
5. SANTIAGO CAZORLA LEÓN: *Agüimes, Real Señorío de los Obispos de Canarias (1486-1837)*.
6. NICOLÁS DÍAZ-SAAVEDRA DE MORALES: *Saint-Saëns en Gran Canaria*.
7. TOMÁS ARIAS MARÍN DE CUBAS: *Historia de las siete islas de Canaria*.
8. ARMANDO CURBELO FUENTES: *Fundación de San Antonio de Texas* (Canarias, la gran deuda americana).
9. JOSÉ MIGUEL ALZOLA: *La iglesia de San Francisco de Asís de Las Palmas*.
10. PEDRO ALMEIDA CABRERA: *Néstor (1887-1938) Un canario cosmopolita*.
11. ANTONIO M.^a GONZÁLEZ PADRÓN: *Antología poética de Ignacia de Lara*.
12. ANTONIO M.^a GONZÁLEZ PADRÓN: *Carlos III y las Islas Canarias (1759-1788)*.
13. JOSÉ MARÍA MILLARES SALL: *En las manos del aire (Vegueta y otros sueños)*.

REAL SOCIEDAD ECONOMICA DE AMIGOS DEL PAIS
DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

Composición de la Junta Directiva en 1989

Director:	Ilmo. Sr. D. DIEGO CAMBRELENG MESA
Vice-Director:	Excmo. S. D. NICOLÁS DÍAZ-SAAVEDRA DE MORALES
Censor:	Ilmo. Sr. D. JUAN ANDRÉS MELIÁN GARCÍA
Secretario:	D. JUAN JOSÉ LAFORET HERNÁNDEZ
Vice-Secretario:	D. GABRIEL CARDONA WOOD
Tesorero:	D. DIEGO CASTELLANO GUTIÉRREZ
Vocal:	D. JUAN MANUEL DELGADO DE BETHENCOURT
Vocal:	Hon. Sr. D. JUAN ESTEVA AROCENA
Vocal:	D. ANTONIO M. ^a GONZÁLEZ PADRÓN
Vocal:	D. ANTONIO MARRERO BOSCH
Vocal:	D. GONZALO MELIÁN GARCÍA
Vocal:	D. RAFAEL RODRÍGUEZ Y RODRÍGUEZ-MATOS